LIBRO dot.com

Noticias biográficas sobre Don Esteban Echeverría

Juan María Gutiérrez

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Quería Sócrates que los hombres pusieran los ojos en la vida y hechos de varones señalados, a quienes él y San Basilio llaman espejos de la República: para que viéndolos se viesen, o bien como semejantes en las virtudes, o bien como desemejantes en los vicios
Martín de Roa

No sienta bien el oficio de crítico a quien ofrece al público la *obra* completa de un escritor contemporáneo. Lo único que le corresponde es ayudar al lector, para que juzgue con independencia y acierto, informándole de aquellas circunstancias que son del resorte de la biografía.

Dentro de estos límites nos ceñimos en las presentes páginas, con tanta mayor razón, cuanto que, como puede verse en el presente volumen, nos hemos atrevido varias veces y en diferentes épocas, en vida y después de los días de Echeverría, a expresar nuestra opinión sobre el valor literario de sus escritos y sobre la importancia del papel que desempeñó, como obrero de la mejora social en ambas orillas del Río de la Plata.

Esos nuestros juicios, lo confesamos francamente, son imperfectos e incompletos, más que por falta de voluntad, por una razón que no queremos ocultar. Aun cuando al comenzar a escribirlos, llevábamos la intención de detenernos en ellos y de tratar la materia bajo todos sus aspectos, muy pronto se nos desprendía la pluma de la mano, porque nada es tan doloroso como clavar el escalpelo del análisis en las entrañas, que aún sentimos palpitar, de una memoria querida.

Entre este sentimiento y el deber de no defraudar a nuestro país de una de sus glorias más puras, ha vacilado por mucho tiempo nuestro espíritu, hasta lograr dominarle y sacar de nuestro culto por una amistad que nos honra, las fuerzas necesarias para poner en estado de ver la luz pública el fruto entero de la cabeza sazonada y del delicado corazón del autor de los *Consuelos* y del *Dogma de Mayo* .

Mezclados a los nuestros se encontrarán en este último volumen de las obras completas de Echeverría, una serie de juicios críticos escritos en América y en Europa por jueces distinguidos e imparciales, los cuales llenan airosamente el vacío que señalamos arriba, y justifican la importancia intelectual del amigo cuya vida, lacónicamente, pasamos a relatar.

Esta vida no es propiamente de acción, si por acción se entiende la parte que toma un ciudadano en las funciones públicas de su país. Los tiempos alejaban naturalmente de ellas a un hombre del carácter y principios de Echeverría. Pero en el teatro de las teorías, pocos argentinos han sido tan activos, laboriosos y persistentes, como este pensador siempre en la brecha, luchando contra el error día y noche, y manejando en esta lucha todas las armas de la palabra con que la idea ataca y se defiende.

Esta gloriosa batalla, sin ruido, sin sangre, emprendida casi con la certeza de la derrota o de lo infructuoso del triunfo, que consumió la existencia de Echeverría y le devoró de sed de verdad y justicia, está consignada en sus escritos, que son como los anales de ella, jornada por jornada. Hoy que estas producciones, se entregan al público, casi en su totalidad, queda su biógrafo descargado de la difícil tarea de historiar los medios y fines del pensamiento de Echeverría dentro de las esferas de la política y del arte.

Esta es labor ajena y venidera. Ponemos en manos de quienes hayan de desempeñarla los antecedentes indispensables para proceder con entero conocimiento de causa.

Don José Esteban Antonio Echeverría, nació en Buenos Aires, el día 2 de septiembre de 1805, en el barrio llamado vulgarmente *del alto* , y fue bautizado en la misma pila en que lo había sido cerca de medio siglo antes, el ilustre patriota don Feliciano Antonio Chiclana. Tuvo por padres a don José Domingo Echeverría, natural de Vizcaya, y a doña Martina Espinosa, hija de esta ciudad. Según hemos podido averiguar, don Esteban tuvo la desgracia de perder a su padre en la primera niñez y tomó los caminos un tanto anchos que las señoras viudas abren comúnmente a sus hijos predilectos. El mismo, en una carta escrita a un íntimo amigo suyo en julio de 1836, delineaba con rasgos generales, pero francos, sus extravíos desde los 15 a los 18 años de edad; y según esta confesión espontánea, era por entonces un héroe de novela en miniatura, y uno de esos inocentes libertinos que lisonjean su amor propio haciéndose blanco de las murmuraciones de su barrio.

Estos deslices, complicados con "ciertos amoríos de la sangre un tanto escandalosos", empleando sus propias expresiones, no obstaban para que se entregara con suficiente ardor al cultivo de su inteligencia, sujetándose estrictamente al régimen de los estudios establecido en el Colegio de "ciencias morales", el más serio y disciplinado de los establecimientos de enseñanza preparatoria, durante la administración que logró tomar asiento en el terreno conmovido por los sacudimientos políticos del año 1820. Tuvo por inmediatos maestros de latinidad y de filosofía, a dos inolvidables varones, cuya voz, apacible y mansa, en uno; ardiente, y despreocupada en boca del otro, nos parece escuchar todavía, después de largos años, con gratitud y amor. Estos mismos eran los sentimientos que guardó siempre en su corazón don Esteban para con sus buenos profesores don Mariano Guerra y don Juan Manuel Fernández Agüero. Tenemos autógrafos a la vista, los certificados de aplicación y excelente conducta en el aula, que dieron ambos señores a su discípulo; y consta de esos documentos que había cursado dos años de latinidad, "distinguiéndose entre sus condiscípulos", y la ideología, la lógica y la metafísica, en el de 1822, "dando pruebas repetidas de talento, juicio y aplicación".

"Continué mi vida de estudiante -dice el mismo Echeverría en la carta mencionada-, hasta fines de 1823, en cuya época me separé de las aulas, por causas independientes de mi voluntad para dedicarme al comercio." En efecto, entre los apuntes personales contenidos en una cartera de su uso, hallamos, que entró en calidad de dependiente de aduana al servicio de la afamada casa de los señores Sebastián Lezica y hermanos, en donde permaneció hasta el 20 de septiembre de 1825.

Las ocupaciones humildes y prosaicas del empleo que desempeñaba contra su inclinación, no pudieron sofocar las que predominaban en él, y el dependiente de la casa Lezica no dejó de ser el mismo estudiante y el mismo joven ardiente y fantástico que fue antes de ocuparse de pólizas y de facturas. En los momentos desocupados, y sobre los fardos de mercaderías de los almacenes por mayor de la casa de sus patrones, tomaba sus lecciones de lengua francesa y se entregaba, en libros escritos en ésta, que pronto logró poseer con perfección, a la lectura reflexiva de materias de "historia y de poesía". Así nos consta de una página casi indescifrable, en que Echeverría comenzó con conocida pereza y desaliño a escribir una especie de autobiografía que abandonó a los pocos renglones. En otro escrito del mismo carácter, pero más detenido, comenzado al cumplir la edad crítica de los treinta años, pinta la situación de su corazón y de su espíritu en la época en que se dedicaba al comercio y

abandona los estudios escolares. "Hasta la edad de 18 años, dice allí, fue mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión... Entonces, como caballo desbocado, yo pasaba sobre las horas, ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la saciedad, y yo devoraba al tiempo..." Por mucho que los hábitos literarios y la experiencia de la vida, interpuestos entre los años 1825 y 1834, hayan adulterado las impresiones en la pluma del pensador ya maduro, no obstante, las anteriores palabras son veraces en sí mismas y producen el convencimiento de que el viaje a Europa emprendido por Echeverría en 1825, fue resultado de una lucha moral en que triunfaron la razón y las grandes aspiraciones a perfeccionarse que constituyen su carácter. Fue entonces que se levantó definitivamente en su alma, como un gigante cuya estatura se esforzó durante toda su vida por alcanzar, ese tipo ideal, pintado en varios de sus poemas, del individuo perfecto, del patriota, del indagador curioso de la verdad, que todo lo pospone por enriquecer la mente, acrisolar los sentimientos y acaudalar experiencia, con el fin de levantar sólida fama sobre tan nobles cualidades. Esta ambición noble y laudable explica el martirio moral de la existencia de quien la concibió y fomentó en su alma. Una aspiración tan difícil de realizar, que casi al alcanzarla huye como una ilusión óptica, convierte al viajero por los caminos positivos y vulgares del mundo, en una víctima que se devora a sí misma, que sólo ama lo imposible y subleva contra sí el egoísmo de los intereses prácticos con arreglo al cual juzgan los hombres contemporáneos a sus semejantes. A este precio doloroso vivirá perdurablemente el nombre de Echeverría. Su martirio se ha convertido en gloria, porque si en la posteridad no se hallara el premio por semejantes sacrificios, la humanidad no tendría derecho para ostentarse tan orgullosa como la retrata la historia.

Las causas que produjeron la crisis moral por que pasa Echeverría en el año 1825, al contar los 20 de su edad, y se decide a emprender su viaje a Europa "a continuar sus estudios interrumpidos", se hallan de manifiesto, bajo formas literarias y un tanto idealizadas, en casi todas sus obras poéticas, y muy especialmente en el bosquejo de su poema *Gualpo* y en las *Cartas a un amigo* que aparecen por primera vez en el presente volumen de sus obras completas. Allí, como en *El ángel caído* , se desprende sobre el fondo obscuro de un pasado nebuloso, la figura de un joven que, hastiado de goces sensuales y de liviandades pueriles, busca en la cultura de la inteligencia y en las indagaciones científicas, pábulo a la actividad de la mente y del corazón, y un empleo digno de las facultades del hombre cuya noble misión en la vida acaban de revelarle la razón y el infortunio con la claridad súbita de un relámpago. Nacido en un país que ama con delirio; pero en donde ni la historia suministra experiencias, ni el arte ostenta sus prodigios; en donde son pobres las escuelas y carecen los maestros del prestigio de la fama, toma el camino del viejo mundo, creyendo hallar allí los elementos de saber de que carece en su patria, y una fuente abundante y pura en que saciar la sed de ciencia que le devora.

En la tarde del 17 de octubre de 1825, se embarcó Echeverría con destino a Burdeos a bordo del bergantín francés "Joven Matilde", el cual se puso a la vela en la madrugada del día siguiente. Este viaje no fue feliz. El 27 de noviembre se hallaba el Matilde en la latitud Sur de 27º47', tan malparado a consecuencia de los temporales que había sufrido, que su capitán Donolf, determinó recalar en el puerto de Bahía para reparar las averías de la nave que hacía agua por todas las costuras. El 1º de diciembre a las 2 de la tarde, dio fondo el bergantín en el indicado puerto brasilero.

Seguimos a la letra unos apuntes sumamente lacónicos contenidos en una cartera de viaje, y en ellos se limita Echeverría a consignar que el 21 de diciembre a las 10 de la mañana se

embarcó en Bahía a bordo de la "Aquiles", fragata francesa con destino a Havre de Gracia y con escala en Pernambuco, habiendo ajustado y pagado su pasaje a razón de 160.000 reis. Los veinte días que permaneció en Bahía, Echeverría debió vivir como un anacoreta a juzgar por su cuenta de gastos reducida a 11.186 reis, a pesar de que en ella figuran 4.466 por el pasaporte, 3.200 "por dos días en la posada", y 520 por valor de un sombrero, probablemente de paja ordinaria.

La fragata Aquiles llegó a Pernambuco el sábado 31 de diciembre, y como era mercante y debía embarcar carga, permaneció en este puerto veintidós días, habiendo continuado viaje en la tarde del 22 de enero de 1826. Aquí no fue menos parco que en Bahía nuestro viajero, pues sólo anota en su cuenta de gastos el valor del lavado de su ropa y de unos "cocos" para refrigerarse en aquel clima y en el rigor del verano, importando todo 586 reis. La fragata Aquiles salió de Pernambuco el 22 de enero, a las 2 de la tarde, y fondeó en Havre de Gracia el 27 de febrero de 1826. De manera que la travesía de nuestro viajero desde Buenos Aires hasta este puerto de Francia, a bordo de embarcaciones mercantes, a vela, duró cuatro meses y diez días. Su permanencia en Havre debió ser muy corta pues sus gastos allí se reducen a *cinco* francos.

Echeverría viajaba y vivía como un verdadero estudiante y como hombre sensato que economiza gastos superfluos para emplear sus recursos pecuniarios en el objeto que le preocupaba, que era el estudio; y para estudiar con aprovechamiento, en las condiciones en que él se encontraba, era indispensable pagar maestros especiales sin perjuicio de las lecciones públicas y gratuitas.

Echeverría llevó consigo al salir de Buenos Aires algunos libros cuyos títulos anuncian cuáles eran sus inclinaciones, y cuáles las lecturas que se proponía hacer durante el viaje. Antes de todo, como que iba a vivir entre franceses, le era indispensable perfeccionarse en la lengua en que había de hablarles, y cargó con su gramática y diccionario del idioma francés, que ya conocía bastante. Llevaba también un ejemplar de las lecciones de aritmética y álgebra de don Avelino Díaz, para comenzar por medio de ellas a iniciarse en las matemáticas puras, que no había cursado seriamente en Buenos Aires; la Retórica de Blair, que sin duda le habría recomendado como libro a la moda entonces, su catedrático Agüero, y la *Lira Argentina* , en la cual, al mismo tiempo que encontraba los halagos del patriotismo, tomaba las primeras lecciones de versificación castellana, a que desde entonces le llevaba una de sus más persistentes inclinaciones. Una carta geográfica de la República Argentina completaba el bagaje de su limitada biblioteca de viaje.

Don Esteban tuvo la fortuna de acompañarse, por casualidad, en su viaje a Europa, de dos hombres notables por su ciencia y por su honradez, conocidos por la obra que publicaron asociados, con el título de *Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay* .Los doctores y naturalistas suizos, Longchamp y Rengger eran los pasajeros a que nos referimos, y tanto el uno como el otro concibieron una idea ventajosa del carácter y talento del joven americano que la intimidad de a bordo les proporcionaba ocasión para estudiar íntimamente. Echeverría, por su parte, les conservó una amistad sincera y mantuvo correspondencia con ambos hasta el año 1841; época en que Longchamp le pedía noticias desde Friburgo, acerca del estado en que se encontraba la sociedad y la política de estos países. "Estoy -le decía en un párrafo de carta datada a 18 de julio del año mencionado-, siempre como antes de su salida de París, establecido en la ciudad de Friburgo, con más quehacer que el que pueden sobrellevar mis fuerzas. Sin embargo, sea por los recuerdos que me empujan hacia el continente americano,

Librodot

sea por el estado de mi salud, que no es muy buena en este clima, pienso encaminarme a Buenos Aires, y al Paraguay tal vez, en el año próximo venidero." En esta misma ocasión le anunciaba su corresponsal a Echeverría la muerte de "nuestro común amigo Rengger", acaecida a fines de septiembre de 1832.

Echeverría no se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París, y según hemos podido comprender, pasó allí años enteros tan absorbido en el estudio, que poca razón habría podido dar de las cosas que en la capital de la Francia llaman de preferencia la atención de los viajeros comunes. No hemos podido averiguar tampoco quiénes fueron allí sus mentores y guías para concertar el plan de estudios que se propuso seguir. Este plan fue acertado, y lo llevó a cabo con una laboriosidad y en una extensión que admira, y sólo puede creerse teniendo a la vista, como tenemos nosotros, las pruebas y testimonios autógrafos de las variadas materias a que se aplicó, tanto en las ciencias morales como en las positivas.

Su sistema para aprender con aprovechamiento fue redactar él mismo, de su propia mano, en libros o cuadernos a propósito, el resultado de lo que había oído y le habían hecho comprender sus profesores durante la lección de cada día. No tomó jamás en su mano un libro elemental escrito expresamente para servir de *texto* en las escuelas. Estos libros son de fácil adquisición y manejo; pero hacen perezoso el espíritu y reservan en sus páginas la ciencia del autor sin que se transmita viva a la inteligencia del discípulo. Pero como Echeverría deseaba saber de veras y no habilitarse únicamente para responder ante un programa de exámenes el estado de su aprovechamiento, adoptó naturalmente el método más eficaz aconsejado por los hombres de experiencia y amigos de la verdad y de lo positivo en materia de educación.

En este momento abrimos y hojeamos por la centésima vez aquellos cuadernos a que nos hemos referido, y de su examen podemos deducir cuáles fueron las materias que abrazó en sus estudios y cuáles las de su preferencia. En las ciencias físico-matemáticas consagró mayor atención a la química que a ninguna otra, a juzgar por la prolijidad con que consigna las fórmulas y los análisis en sus cuadernos, dibujando atentamente la forma de los aparatos para la elaboración, por ejemplo, de los ácidos y de los cloruros. En la geometría se dedicó al conocimiento de aquella parte más aplicable, como es la resolución de los triángulos, no sólo gráficamente sino por medio de fórmulas algebraicas y de las tablas logarítmicas. Encontramos un cuaderno de pocas páginas dedicado exclusivamente al estudio de los poliedros y de la esfera.

Echeverría tenía predilección por el estudio de la historia; pero al llegar a Francia conoció cuán superficiales y faltos de base eran los conocimientos que en este ramo había podido adquirir en sus lecturas. Tuvo la humildad, para corregir esta insuficiencia, de resignarse como un discípulo principiante a trazar cuadros cronológicos de diferentes períodos de la historia antigua y moderna, llamándonos entre éstos la atención uno muy prolijo referente a la historia del bajo Imperio de Oriente, historia, a la verdad, llena de enseñanzas saludables.

En cuanto a las ciencias políticas y a la filosofía, materias a que consagró gran parte de su residencia en Francia, no hallamos rastro de las lecciones que debió escuchar a los notables profesores de estos ramos que se distinguían en su tiempo en París. Lo que sí hallamos es una porción de volúmenes, escritos todos de puño y letra de Echeverría, en los cuales ha consignado el fruto de sus lecturas en filosofía y política, extractando aquello que le ha parecido más vigoroso o más notable de los escritos franceses desde Pascal y Montesquieu

hasta Leroux y Guizot. En todos y cada uno de estos extractos, puede advertir el más distraído, que Echeverría no perdía ni por un momento la memoria de su patria, y que atesoraba para ella, sabiéndola necesitada de doctrina y de una base de organización política en armonía con los fines de la revolución de la independencia. Cuanto podía dar el pensamiento francés a este respecto hasta aquellos días está recogido en esos laboriosos extractos que suponen una lectura constante y variada. En el menor de estos volúmenes manuscritos, hemos contado trece autores, cuyos nombres son los siguientes, colocados en el orden en que aparecen en las páginas del volumen: Montesquieu, Sismondi, Wattel, Lerminier, Lammenais, Guizot (*Hist. de la civ. en Europa*), Lando, Vico, Saint Marc Girardin, Vinet (*Lib. des cultes*), Chateaubriand (*Los Estuardos*), Pascal(*Pensamientos*).

En medio de estos estudios arduos que ocupaban a Echeverría en Europa, emprendió otro que no lo es menos cuando se toma con seriedad. Las cuestiones suscitadas por el *romanticismo* eran entonces tan ruidosas y apasionadas que no era dado permanecer indiferente a ellas a nadie que tuviese inclinación a cultivar la imaginación y el arte de expresar lo que es bello. Echeverría se hallaba en este caso, y se dedicó a formarse una idea clara de lo que significa la literatura dentro de la humanidad y en cada una de las civilizaciones separadas por sus respectivas lenguas; qué partido puede sacarse de ella en favor del progreso y la libertad de los pueblos, y cuál sería la más adecuada para aquellos que, como los americanos, habían entrado en la senda de nuevos destinos al emanciparse de una metrópoli que, en su concepto, era la personificación de cuanto existía de vetusto y atrasado en el año diez del presente siglo. Esta idea se convirtió en su espíritu en una especie de misión religiosa, y aplicó toda su voluntad y todas sus facultades, no sólo a resolver acertadamente estos problemas que su penetración planteaba en presencia del debate, sino a adquirir los medios e instrumentos para que sus soluciones teóricas se convirtieran en realidades en esta parte de América cuando llegara a saludarla como hijo que regresa al hogar. Sus poesías dicen de qué modo influyó con el ejemplo; y en el volumen V de sus obras completas se insertan los fragmentos de trabajos más extensos que ha debido escribir sobre teorías literarias y no han llegado íntegros a nuestro conocimiento.

Con respecto a la vocación literaria de Echeverría, podemos referirnos a su propio testimonio: "Durante mi residencia en París -dice en uno de sus rasgos autobiográficos-, y como desahogo a estudios más serios, me dediqué a leer algunos libros de literatura. Shakespeare, Schiller, Goethe, y especialmente Byron, me conmovieron profundamente y me revelaron un nuevo mundo. Entonces me sentí inclinado a poetizar; pero no conocía ni el idioma ni el mecanismo de la metrificación española. Era necesario leer los clásicos de esta nación. Empecé: me dormía con el libro en la mano; pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al cabo manejaba medianamente la lengua castellana y el verso." De esta penosa tarea de aprender de adulto lo que debe mamarse con la leche materna, ha dejado Echeverría un testimonio más de su constancia y fuerza de voluntad. Esos mismos libros que el tedio le hacía tan pesados llegaron a ser sus buenos amigos y bien venidos a sus manos, y poco a poco fue comprendiendo que de entre las frases vacías y las aspiraciones místicas de los ascéticos antiguos, podían extraerse expresiones y giros de lenguaje que dieran color y energía al pensamiento moderno expresado en nuestro idioma. Y como estas adquisiciones suelen ser fugaces porque sólo en la memoria que es frágil se depositan por lo común, emprendió la tarea de formar una especie de diccionario de modismos castellanos, señalando el autor de quien los tomaba. Por esta razón se observa que mientras todos los estudios serios de Echeverría fueron hechos en Francia, y por medio de la lengua francesa, es sin embargo uno de los escritores sudamericanos a quienes no puede tachárseles de galicismo, ni en las palabras ni en las construcciones

gramaticales. Antes por el contrario, en aquellos de sus escritos que pueden llamarse didácticos, y en los humorísticos, abre el arca de sus tesoros adquiridos en el trato con los autores del Siglo de Oro, y salpica sus producciones con oportunos arcaísmos que les dan sal y relieve. La introducción de las *Rimas* , algunas notas de *La Cautiva* , y casi todos sus escritos doctrinarios, son ejemplos de cómo sabía él demoler las fábricas del clasicismo plagiario e infecundo, valiéndose de instrumentos que se rejuvenecen bajo la inspiración de su pensamiento innovador.

Aquella especie de estudio retrospectivo de la lengua, era un síntoma de la constitución literaria de la Europa que influía sobre Echeverría. A toda revolución en las ideas, corresponde en la historia una revolución en la manera de expresarla, porque las cosas nuevas o renovadas, exigen vestidos a la moda intelectual que entra en uso. El romanticismo traía en sí, a pesar de sus pretensiones innovadoras, mucho de pasado y vetusto, y así como puso en valimiento los castillos feudales, las catedrales góticas, los trajes pintorescos y las costumbres rudas de la Edad Media, entró en la tarea de buscar en la índole arcaica de los idiomas vivos, palabras y formas de dicción que imprimieran al estilo la fisonomía de las edades remotas enterradas bajo las capas vivas de la civilización moderna. Para que una página escrita según la disciplina romántica tuviera el sabor de la escuela, debía forzosamente remedar con la palabra la tosca simplicidad del cincel de los decoradores de los monumentos religiosos anteriores al Renacimiento.

Esta tendencia que no nos toca apreciar, ni en Francia ni en el resto del continente europeo, indujo naturalmente a Echeverría a transportarse a los días de León y de Malón de Chaide, y a entregarse a la lectura de estos soñadores con las cosas del otro mundo. Aun cuando saboreó los peligrosos filtros del misticismo, hay que agradecerle el que no nos haya infiltrado su veneno, ni cedido a las tentaciones devotas y teocráticas del autor de los *Mártires* . Fue romántico de buena ley, y no aceptando del Mediodía sino los instrumentos del arte, se inspiró en el fondo en las escuelas serias filosóficas del norte, afiliándose bajo las inmediatas banderas de Goethe, de Schiller y de Byron, grandes hablistas a su vez y artífices cuidadosísimos de la forma.

En este punto no pretendemos otra cosa más que señalar y explicar, tal cual lo entendemos, un rasgo característico de Echeverría como escritor, rasgo que no podíamos pasar en silencio en la exposición de su vida literaria. Por lo demás, las lenguas, como tantas veces se ha observado ya, se modifican con el curso del tiempo, así como se modifican las creencias, las ideas y las necesidades de que son la representación, y aquellas formas de lenguaje deben ser preferidas en un momento dado, que mejor respondan a la expresión del pensamiento y al genio de cada pensador.

Así que Echeverría logró adiestrarse en el arte de elaborar las rimas y enriquecer su vocabulario, herramientas indispensables de que tiene que proveerse todo principiante en el oficio, comenzó a escribir versos y a someterlos, en estado de borradores y con calidad de ensayos, al juicio de sus amigos íntimos. Residían entonces en París varios hijos de Buenos Aires completando sus estudios científicos a expensas del gobierno de la provincia. Portela, Rodríguez, Rivera, Fonseca y otros varios, eran de este número, y el primero y el último fueron los primeros confidentes de las inspiraciones de nuestro poeta, así como fueron los predilectos en su cariño, entre sus condiscípulos americanos en París. Los ensayos de Echeverría debieron consistir en algunas composiciones que, corregidas y mejoradas, hacen probablemente parte de los *Consuelos* ; pero si esto es dudoso, consta de su correspondencia

con el doctor Fonseca que dichos ensayos llegaron a manos de éste con el título de *Ilusiones* , y que el objeto del autor era pintar los sueños y aspiraciones ideales de la juventud en general, encerrando en un cuadro pequeño, pero variado en situaciones y accidentes, un período completo de la existencia del hombre. El tipo de su héroe lo había sacado de lo hondo de su propio corazón, delineándole con el recuerdo de las luchas morales que él mismo había experimentado, según lo declara en su correspondencia privada con aquellos amigos.

El resultado de estas exploraciones de la opinión ajena, acerca del efecto que podían producir sus ensayos en la sensibilidad de un hombre selecto, nacido y destinado a vivir como él a las orillas del Plata, no pudo ser más satisfactorio ni más lisonjero para sus aspiraciones concentradas exclusivamente en este pedazo de mundo americano. Las *Ilusiones* no sólo fueron bien recibidas y atentamente leídas por su distinguido compatriota, sino aplaudidas y elogiadas con verdadero entusiasmo, no con voces vagas ni palabras comedidas, sino con detenidas demostraciones razonadas, porque aquellas poesías, como ningunas otras, le habían afectado hondamente, conmovido sus entrañas, y transportándole penosamente a los recuerdos de una juventud análoga a la del héroe de las *Ilusiones* . "Yo he pasado por las mismas vicisitudes y he sido joven y amado del mismo modo y con las mismas consecuencias", decía el doctor Fonseca al autor. El triunfo de éste al comenzar su carrera de poeta no podía ser mayor, puesto que había conseguido la aprobación de juez tan competente. Aun consiguió más: los versos de Echeverría produjeron el efecto de una corriente galvánica sobre la persona moral del doctor Fonseca.

El hombre interior se reveló espontáneamente. Bajo la influencia de los choques de aquella lectura, el médico tomó la pluma y en una página detenida y esmeradamente escrita dejó consignadas revelaciones preciosas para la historia de su vida y para el estudio del corazón humano. La primera juventud de ambos amigos, nacidos en una misma parroquia, que sólo se conocieron en el extranjero, fueron casi idénticas.

Llevaban ambos en el corazón las mismas heridas que les inclinaron a la melancolía y al desaliento, mezclados a la energía que inspiran el deber y los anhelos de la perfección. Ambos eran poetas románticos en el alma, ambos habían estudiado lo bello bajo sus aspectos humanos y sociales, y tanto el uno como el otro dan pruebas de que en la atmósfera general de aquella época, las formas literarias no fueron en su novedad otra cosa más que la expresión adecuada y natural de un movimiento en la raíz de los espíritus, producido por la influencia de la libertad que comenzaban a disfrutar más ampliamente.

La influencia de Lafinur y de Fernández Agüero, en filosofía; el liberalismo seglar bajo cuyas influencias se reformaron los planes de estudios, despertaban nuevas curiosidades intelectuales y preparaban para las letras el terreno en que con tanta fortuna sembró más tarde Echeverría la doctrina y el ejemplo. A la penetración de éste, si no nos equivocamos, escapan estas observaciones y desdeña demasiado en sus escritos el proceso ascendente que habían seguido las ideas en su país, formando una cadena progresiva de la cual nuestro distinguido pensador era un eslabón mejor forjado, si se quiere, y de mejores quilates, pero de igual materia, vaciado en el molde fatal del progreso de que nunca estuvimos desheredados los argentinos.

Echeverría no se redujo a tratar exclusivamente a los hombres de su misma habla y nacionalidad residentes en París. A más de cultivar relaciones con estos señores, frecuentaba la tertulia de varios literatos de nota, y en especial la de aquellos que por adhesión a las ideas

liberales, como entonces se decía, simpatizaban con la América independiente y estudiaban con pasión el problema de la estabilidad y del progreso de las instituciones democráticas en el nuevo mundo. En esas reuniones era, como es de presumir, el mimado de los concurrentes, por su calidad de extranjero, que es una recomendación en aquella capital cosmopolita, por lo remoto de su origen y por la novedad que allí despierta un hombre de tierra lejana, que habiendo nacido en *países bárbaros* , se presenta con todas las dotes y los adornos de la civilización.

A estas circunstancias se juntaba para favorecerle en aquellas serias y cultas sociedades su competencia como juez en las cosas de América, y la exactitud de sus informes acerca del carácter e importancia de nuestros prohombres, de la marcha y desenlace posible de los acontecimientos políticos y militares, y de los elementos que tanto la naturaleza como el desarrollo de la civilización americana ofrecían para la prosperidad de las nacientes repúblicas. En todas estas materias se mostraba Echeverría juicioso, entendido, y capaz de dar solución a las dudas y preguntas que se le dirigían y de apoyar sus opiniones con hechos y cifras estadísticas, de las cuales encontramos muchas en sus libros de memorias, tomadas de su propia mano en las mejores fuentes. Tenemos testimonios ante los ojos que prueban el vivísimo interés que excitaba en algunos espíritus selectos del círculo parisiense de Echeverría la causa americana, y fácilmente se comprende la influencia en él de la palabra del joven porteño, cuando con orgullo y firmeza, les tranquilizaba en sus perplejidades e inquietudes.

"Tiempo hace -decía en uno de éstos en junio de 1827- que el destino de la América ha dejado de ser un problema, y no hay poder en el mundo que pueda trastornarle. Sería necesario extirpar la raza americana, y desnaturalizar totalmente las cosas para embarazar el progreso de la civilización en aquellas favorecidas regiones: progreso a que contribuyen a torrentes todos los hombres libres del globo."

En estos círculos parisienses encontró Echeverría un amigo, joven como él, que tuvo notable influencia en sus predilecciones literarias. Pertenecía a una distinguida familia que suponemos oriunda de uno de los cantones alemanes de la Suiza, ardiente partidario de la libertad política y dado a las letras con competencia poco vulgar en ellas. La inteligencia y la imaginación vinculaban esta amistad.

París es un medio social en donde respiran a su sabor y albedrío todas las inclinaciones. Si es la Babilonia de los placeres y de los vanos espectáculos, es también la Tebaida del estudioso y una de las ciudades del mundo en donde pueden admirarse con todo su atractivo las virtudes que brotan alrededor del trabajo asiduo e inteligente. Allí hay tentaciones por demás para los sentidos y seducciones irresistibles para los estudiosos: allí halla, generosamente a su disposición, cuanto puede ambicionar el espíritu para aplicarse y desenvolverse.

En este mundo de la vida mental vivían en París el suizo y el porteño; y cavilosos ambos y de alma de poetas, se alejaban frecuentemente de los Bulevares, y se perdían conversando en los risueños alrededores de aquella capital.

Fue en esos paseos y en esas conversaciones que Echeverría comenzó a conocer la literatura alemana. El mismo recordaba en una carta a aquel amigo, la profunda e indeleble impresión que le había causado un drama de Schiller, que hemos visto representar en Buenos Aires, en nuestra juventud, con lágrimas en los ojos, interpretado por la Trinidad y por Velarde, titulado

en alemán, "La hija del músico", y en la traducción española "El amor y la intriga". Esa lectura despertó en Echeverría, son sus propias palabras, el más ardiente deseo por conocer las obras de aquel gran escritor, así como las de Goethe. Tan pronto como pudo proporcionarse traducciones francesas de ambos, las devoró, encontrando en ellas tesoros que sentía no apreciar más en su justo valor por desconocer las lenguas en que fueron originalmente escritas.

Tal era la atmósfera pura y vivificante para la vida moral que respiraba Echeverría en Francia. Había poblado su modesto rincón de estudiante de todas las realidades y visiones del espíritu, y como se hallaba engolfado en la asidua lectura, en el estudio y la contemplación, oía con indiferencia los ruidos seductores de las plazas y las calles públicas. Como suele cambiarse de clima para recobrar las fuerzas físicas, él había atravesado el océano para robustecer su razón, y a manera de aquellos romanos antiguos que visitaban las escuelas de Atenas para prepararse a las luchas de la tribuna y de la libertad en la gran república, Echeverría no fue más que un transeúnte por la Europa en el camino del ansiado regreso a su patria, cuya imagen no se apartaba ni por un momento de su memoria.

Echeverría no podía vivir largo tiempo lejos de las orillas del Plata. Su alma estaba encordada como un arpa eólica que sólo resonaba herida por las auras patrias. Pocas veces puede darse una armonía más íntima entre el hombre y el suelo, entre el alma y la naturaleza; entre la luz, el ambiente, y la inteligencia y la imaginación, como la que existía entre don Esteban Echeverría y el país en donde había brotado a la vida como una planta indígena. Era generoso como la tierra virgen, vasto en sus miradas como la llanura, de alma tranquila y tempestuosa a un tiempo como el mar dulce que tantas veces cantó el rumor de las crecientes que habían arrullado su cuna.

Fácil es imaginar que esa sombra que entristece el espíritu del expatriado y se llama nostalgia, debía interponer de cuando en cuando su desaliento entre los ojos enternecidos y el libro de nuestro estudiante, especialmente en esas largas horas de nieve del invierno europeo en las cuales hasta la llama del hogar habla de melancolías y despierta el deseo de gozar al sol. Pero en esos momentos, un amor concebido en la patria, una predilección nacida con él y convertida en Hada benéfica, llegaba a disipar aquella sombra y a colorearla con los tintes azules del cielo ausente. Esa hechicera era su guitarra, su "fiel compañera", la que según sus propias expresiones alejaba con sus sonidos las fieras que le devoraban el pecho. Sin duda esa guitarra había sido llevada muchas veces oculta como un delito, bajo la capa del hijo del *Alto* y sonado acompañando el *cielito* en los bailes equívocos Y ultrafamiliares de los suburbios del sud, en la primera juventud de nuestro poeta. Pero esa guitarra de pacotilla, de cuerdas y bordonas compradas al menudeo en la *esquina* de Almandos o en el almacén de Lozano, había pasado a ser una vihuela de las fábricas de Sevilla o de Cádiz, un verdadero instrumento gobernado por manos adiestradas bajo la dirección de profesores afamados. Echeverría se preciaba de pertenecer a la escuela del maestro Sor, y de interpretar con inteligencia la música sabia de Aguado, escrita especialmente para el diapasón de la vihuela.

Pero más que el gusto ajeno debía al suyo propio y a la delicadeza de sus sentidos, el encanto con que pulsaba aquel instrumento que pocas personas le vieron en la mano, porque lo reservaba exclusivamente para él y para las horas en que sólo estaba visible para su propia alma. Los que hemos oído los arpegios que brotaban de sus dedos al recorrer alternativamente con lentitud o rapidez las cuerdas de su guitarra, podemos comprender cómo este instrumento era a la vez su consuelo, su inspirador y el consejero de esa vaga y ondulante armonía

melancólica que sombrea la mayor parte de las poesías fugitivas de Echeverría. Estas, antes de tomar formas en la palabra, habían nacido envueltas en las ondulaciones de un sonido armonioso, de modo que la estrofa de su poesía es como un *libreto* que forzosamente se amolda a sonidos más elocuentes que la palabra misma. Ritmo y música eran sinónimos para nuestro poeta, así como tañer y modular, pasión y concierto, hermanadas y confundidas estas identidades en las regiones del entusiasmo. El músico diestro, es decir, el poeta "con una *disonancia hiere* , con una armonía hechiza, y por medio de la consonancia silábica y onomatopéyica de los sonidos, *da voz a la naturaleza* inanimada y hace fluctuar *el alma* entre el recuerdo y la esperanza pareando y alternando las rimas".

Así él, que conocía mejor que nadie estos procederes y que tan arriba levantaba los oficios del *consonante* y la *medida* del verso, perdía su templanza ordinaria cuando veía interpretadas por las reglas gramaticales y de la retórica vulgar las combinaciones del metro y de la frase en el conjunto de sus obras, cualquiera de las cuales, por pequeña y trivial que parezca, está siempre impregnada de un no se sabe qué, que entra al cerebro como un perfume, por los ojos como un rayo de luz, al corazón como una gota de miel o como un grano de acíbar.

Cuando Echeverría salió de Buenos Aires para Europa ya había experimentado los primeros síntomas de la enfermedad que lo atormentó toda la vida. Ese mal que tenía su asiento en el corazón y "le absorbía casi toda la vitalidad de sus órganos", desapareció a poco de estar en Francia, si no del todo, al menos atacábale allí de tarde en tarde y con menos violencia. En el año 1835, época en que escribió unos apuntes autobiográficos que tenemos a la vista, contaba ya doce años el mal de que se quejaba. De manera que, a pesar de su mucho amor al suelo natal, encontrándose de mejor salud en el extranjero y, no habiendo llenado del todo el programa de sus estudios, cuando se vio obligado a regresar y a emprender viaje a Buenos Aires, lo hizo contra su voluntad urgido probablemente por la falta de recursos pecuniarios. Faltábale todavía completar sus cursos de Economía Política y Legislación que había emprendido en la Universidad de París de una manera formal. Como para despedirse de la Europa, quiso conocer a Londres, y visitó la gran metrópoli británica durante mes y medio en el verano de 1829, embarcándose a su vuelta a Francia en el puerto del Havre de Gracia en mayo de 1830, con escala en Montevideo, donde tocó en junio, desembarcando en Buenos Aires en los primeros días del siguiente mes de aquel mismo año.

El regreso de Echeverría a la patria no debió ser un hecho que pasase desapercibido en aquella parte de la sociedad porteña que aún participaba de los hábitos cultos que tanto se habían esparcido desde 1821, y comenzaron a descolorirse después de los funestos resultados del movimiento revolucionario de fines del año 1828. Llegaban junto con él los profesores y amigos suyos, Fonseca y Portela, cuyos nombres se encontraban diariamente en los avisos de los periódicos, anunciando que, por el espacio de más de cuatro años, y a expensas del gobierno, habían perfeccionado sus conocimientos profesionales en las escuelas de París, y ofrecían al público sus servicios en la práctica de la medicina y de la cirugía. Esta notoriedad se reflejaba naturalmente sobre el literato y el publicista, por reducido que pudiera ser el círculo de sus relaciones. La figura personal de Echeverría interesaba donde quiera que se mostraba, y era, cuando por entonces le conocimos de vista, un modelo de buenos y sencillos modales, y llevaba con suma naturalidad el vestido que por su corte demostraba desde lejos la exquisita habilidad de los artesanos franceses en materia de modas. Usaba lente, de aro de oro labrado, porque lo necesitaba en realidad, para discernir los objetos distantes, y nadie le tachaba de afectado cuando en la calle y con frecuencia llevaba la mano al ojo para reconocer

las personas que le llamaban la atención. Estos eran los aspectos externos bajo cuyos auspicios se presentaban en Buenos Aires al recién llegado.

La *Gaceta Mercantil* que, a pesar de su pobreza tipográfica, era en aquellos días una especie de poste en donde se clavaban las novedades que podían interesar al público, había reproducido en sus menguadas columnas dos composiciones poéticas de Echeverría, acompañadas de cortas palabras, amistosas y cariñosas, no del redactor, sino de algún interesado anónimo en el lustre de la literatura patria. Estas composiciones, el "Regreso" y "En Celebridad de Mayo", son páginas de los *Consuelos* que Echeverría, lleno aún de ilusiones y esperanzas patrióticas, echaba como hojas de laurel sobre la cabeza de una ciudad que había abdicado su antigua corona. Este obsequio a la patria tiene el aire en aquella *Gaceta* de una acción de cuya misma bondad se recelara, callando el nombre del autor y designándole simplemente por la expresión vaga de "un joven argentino". El público ignoraba cuál era el verdadero nombre y apellido de quien sabía escribir versos que no había leído ni mejores, ni parecidos, desde algunos años atrás.

Esta publicidad a medias y como vergonzante no podía contener el noble orgullo de Echeverría, sino irritarle, y amargarle el ánimo. A más de la *Gaceta* brillaba en nuestra constelación periodística, *El Lucero* , redactado por un extranjero bien conocido, cuyas pretensiones literarias le colocaban en la obligación de abrir su juicio sobre los ensayos poéticos recién aparecidos. En efecto, en el número de ese diario, correspondiente al 15 de julio de 1830, y con referencia al "Regreso", publicado una semana antes en la *Gaceta* , su editor dice que ha corrido con placer esos versos que justamente merecen la aprobación pública. A esta vaciedad agrega esta otra: "celebramos que un joven argentino se distinga por esta clase de trabajos. Algunas líneas encierran ideas cuya brillantez fascina la imaginación: la rima es, con pocas excepciones, perfecta; y muy feliz la elección de los conceptos". Pero entre estos "conceptos" había algunos que no le cuadraban bien y redujo su crítica a desvirtuar su verdad y energía con una habilidad que queremos hacer patente para que se vea cómo se engendraban y brotaban los gérmenes malignos e inmorales al calor malsano de la situación creada por la arbitrariedad política. El poeta había dicho en una de las valientes estrofas del "Regreso":

> Confuso, por tu vasta superficie,
> Europa degradada, yo no he visto
> más que fausto y molicie,
> y poco que el espíritu sublime;
> al lujo y los placeres
> encubriendo con rosas
> las marcas oprobiosas,
> del hierro vil que a tu progenie oprime.

El redactor del *Lucero* se empeña en desmentir con ejemplos de magnanimidad y de liberalismo recientes estas inculpaciones a la Europa; tarea no difícil cuando se recurre a los detalles para contestar a una generalidad poética y a un arranque de la imaginación. Pero, continuando la apología, asegura el redactor que los vicios que pudiera echársele en cara al viejo mundo, son consecuencia inevitable de una grande civilización, y que en la imposibilidad de desterrarlos del todo, mejor es verlos *encubiertos con rosas* , que rodeados de espinas. Esta era la *ethica* de Tartufo que predominó en la prensa más inteligente de

Buenos Aires y que desde entonces se preparaba a no escandalizarse de ninguna maldad ni de ningún crimen.

Tal es la historia de los primeros anuncios que recibió Buenos Aires de que contaba con un nuevo poeta. Ahora será más fácil comprender por qué aquel joven, que pocos renglones antes hemos pintado tan apto para gozar de los placeres de la sociedad, desaparece repentinamente de ella y se asila como un misántropo en el seno de sus afectos de familia, en el círculo de unos cuantos amigos selectos, y busca el alimento de su vida en las abstracciones de la meditación y de la poesía.

En pocos días había podido sondar hasta las entrañas la situación política en que se encontraba su patria. Sus esperanzas y proyectos se desvanecieron como un sueño: él no podía tomar parte en la acción directiva del pensamiento gubernativo, ni como escritor, ni como representante del pueblo, y mucho menos como funcionario de una administración que más que mérito en sus empleados comenzaba ya a exigir de ellos las ciegas sumisiones que prepararon el franco advenimiento del despotismo.

El mismo ha dicho, en uno de sus bosquejos autobiográficos: "el retroceso degradante en que hallé a mi país, mis esperanzas burladas, produjeron en mí una melancolía profunda. Me encerré en mí mismo y de ahí nacieron infinitas producciones de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Consuelos* ". El mismo día en que contaba treinta años de edad (2 de septiembre de 1835), "queriendo poner en un papel los pedazos del corazón", escribía también lo siguiente: "Al volver a mi patria, ¡cuántas esperanzas traía! Pero todas estériles: la patria ya no existía. *Omnia vanitas* ".

Esta pena moral tan profundamente sentida y expresada con tanta amargura, tuvo una influencia perniciosa sobre su físico y su temperamento excesivamente nervioso, y comenzó de nuevo a experimentar, con mayor violencia, el mal al corazón de que se había aliviado con el viaje por mar y el clima rígido de Europa. A los tres meses después de su regreso le acometieron dolores vagos en la región precordial, y poco más tarde se declaró la enfermedad con todos sus caracteres, y con todos los tormentos que el mismo paciente describe así: "Dolores insoportables y palpitaciones irregulares y violentas desgarraban mi corazón. El más leve ruido, la menor emoción hacían latir fuertemente mi pecho y todas mis arterias. Mi cerebro hervía y susurraba como un torrente impetuoso. ¿Eran los nervios o la sangre la causa de este tumulto? Los médicos han hecho gigote de mi cuerpo y han verificado en él este aforismo de Hipócrates: *Quæ medicamentum non sanat, ferrum sanat; quæ ferrum non sanat, ignis sanat; quæ ignis non sanat, insanible est"* . Medicina, hierro, fuego, han probado en mí, y estoy extenuado, sin salud y sin esperanza.

"Si no he sucumbido es sin duda porque hay un robusto y generoso germen de vida en mi organización, que maravillosamente la sostiene, y el cual siento que se agota cada día. Una *irritación* tan larga, tan tenaz que no han podido desalojar las medicinas más activas, debe necesariamente haber enervado las fibras musculares de mi corazón, gastado sus fuerzas vitales y reducídolas a un estado de atonía o debilidad preternatural. Se hace esto evidente para mí al observar que una sensación inesperada, la sorpresa, o cualquier ejercicio muscular algo violento, me sofocan; me producen tirantez, dolor y latidos en la región precordial, y sacudiendo todas las fibras de mi máquina la desacuerdan y relajan. No pudiendo entonces mi corazón débil repeler con energía la sangre que lo atosiga, ceja, se dilata, lucha turbulento con ella, y al fin triunfa; pero quedando más dolorido y quebrantado."

En la víspera del 25 de mayo de 1831, Echeverría hace un paréntesis a sus dolores y desalientos, y remite al *Diario de la Tarde* su conocida "Profecía del Plata", que ocupa una de las seis mezquinas columnas de aquel periódico político y literario. A pesar de este título último, su redacción se redujo a decir que aquella poesía había sido remitida por un "joven hijo de Buenos Aires" para que se le diera un lugar en las páginas de aquel diario.

Durante un año y medio, a contar de aquella fecha, no aparece un solo verso de Echeverría en nuestra prensa periódica. Sin embargo, el mártir de los padecimientos físicos, sintiéndose morir y dando por extinto completamente el fuego de su juvenil entusiasmo, continuaba escribiendo en verso para desahogar su corazón y adormecer un tanto sus dolores con la dulce melodía de las Musas, según su propio testimonio: "semejante -decía por entonces- al pintor de la iglesia de los jesuitas de Hoffmann, arrastro una vida de impotencia y despecho, mientras el fuego de Prometeo devora mis entrañas". Siendo para él el mundo real una cárcel y una perpetua tortura, fraguábase en la fantasía otro poblado de visiones y de seres imaginarios en quienes infundía sus aspiraciones y se personificaba él mismo. Su poema de *Elvira* escrito en la época a que nos referimos, tiene por único "concepto" el triunfo de las fuerzas funestas del mal sobre las aspiraciones legítimas a la felicidad. Lisardo es la virtud y la ciencia encarnadas en un alma joven y viril sedienta de amor. Elvira es la esencia candorosa de la belleza, bajo la forma de una mujer, prometida a las ardientes aspiraciones de aquella alma de hombre. La unión de estos dos seres que se atraen por la simpatía debía concretar en un hecho la idea de la ventura suprema. Una mano diabólicamente envidiosa se pone descarnada entre uno y otro y los divorcia inexorable para siempre. La felicidad de este mundo, el amor, la hermosura, flores son de una mañana como las del desierto, dice el poeta, y de estas tristes verdades destila algunas gotas balsámicas de resignación *Elvira* apareció anónima en 32 páginas in 8º en el mes de septiembre de 1832. El momento no era por cierto literario. El año 1832 comenzó para Buenos Aires con la celebración oficial de los triunfos del general Quiroga, con la represión de las libertades de la prensa, y terminó con las famosas renuncias del gobernador Rosas, que no fueron más que una tregua hipócrita a las miras que realizó más tarde. La faz pública tenía aspecto de resignación y cansancio, y la sociedad de Buenos Aires se materializaba para entregarse sin remordimientos a la suerte que le deparase el despotismo irresistible que ya sentía sobre sus espaldas, briosas en otro tiempo. Si a esta situación política del país se agrega la extrañeza de la estructura literaria de *Elvira* , sin modelo en la poesía castellana y ajustada a la romántica de Inglaterra y Alemania, según declaración expresa de su autor, podrá explicarse la indiferencia con que se miró por el público la aparición de aquel librito, a pesar de sus bellezas y de lo que éstas prometían en provecho de la literatura patria. Los grandes apasionados del verso habían huido con el altar de sus musas a la otra orilla del río, y una que otra pluma inexperta concurrieró con tímidos comunicados en los periódicos a celebrar y criticar la *Elvira* , sin pasar de su epidermis y discutiendo con interés sobre si era o no atinado el cambio frecuente de metro observado por el autor. La opinión editorial de la prensa se manifestó insípida y en dimensiones infinitesimales, en el *Lucero* y el *British Packet* , redactados por personas versadas en las literaturas extranjeras que debieron aprovechar aquella rara ocasión para lucirse. Pero no fue así. Este último, tomando pie del epígrafe de Wordsworth puesto al frente del poemita, se limitó a contradecirle con un texto del "inmortal Shakespeare", y a declarar digno al joven del país autor del poema, de ocupar un "nicho" en el Parnaso. El *Lucero* , que jamás dijo bien de persona que no estuviera en gracia oficial, por mucho que fuese su mérito, huyó el cuerpo a los compromisos de crítico y desató, en pocos renglones, una vasta erudición de nombres

propios en abono de la promiscuación de metros, puesto que, decía, era común en las obras de Schiller, Byron, Alfieri, Grossi, Manzoni, Lamartine, Hugo, etcétera.

Echeverría esperaba con ansia las manifestaciones de la opinión pública sobre su primer ensayo y las buscaba naturalmente en los editoriales de los diarios más acreditados y entendidos. De manera que cuando cayeron en su mano los artículos de que acabamos de dar idea, padeció una profunda mortificación en su amor propio, y tomó la pluma *ab irato* , para escribir una sátira mordaz ingeniosa y humorística, improvisada en endecasílabos sueltos.

Estas expresiones de la irritabilidad del vate eran frecuentes en el autor de *Elvira* . Pero una vez que había dejado escapar en prosa o verso, el excesivo hervor de su resentimiento, volvía a su mansedumbre normal y condenaba al olvido el testimonio manuscrito de un rato de mal humor de que se reía más tarde. Estos actos eran en él a veces cumplimiento de deberes de conciencia. Su cartera, como puede advertirse en el presente volumen, estaba atestada de protestas, bajo todas las formas, contra los hechos sociales y políticos, que no podía condenar en público, pero que merecían un examen imparcial y severo o una elocuente condenación en nombre de la buena doctrina, del patriotismo o de la ciencia. Su tirria contra ciertos "gaceteros" no era tanto personal como pudiera parecer: un sentimiento de más alcance la inspiraba, porque se dolía de que, invocando el saber y el talento, tomasen la pluma los extraños para ilustrar al país y burlaran esta misión que nadie les imponía, contribuyendo, por cálculos sórdidos, a extraviarlo, a obscurecerlo y a disculpar por último los errores de los malos gobernantes. Algunas de aquellas protestas silenciosas de Echeverría serán, desde la aparición de sus obras completas, una venganza póstuma de muchos de sus tormentos morales.

Estas inquietudes del espíritu en un cuerpo debilitado debieron despertar en el autor de *Elvira* el deseo de ausentarse de la ciudad en busca de silencio y aire libre. En los primeros días del mes de noviembre de 1832, acompañado de un amigo que le estimaba mucho, se embarcó a bordo de una goleta que remontó el pintoresco Uruguay hasta la linda y saludabre ciudad de Mercedes, situada a las orillas del Río Negro, afamado por la excelencia de sus aguas, y cuyos bosques abundantes en flores del aire ha cantado más de un poeta argentino. Allí permaneció seis meses gozando de aquella bella naturaleza y de los agrados de la sociedad de personas escogidas que apreciaban su talento y su carácter. Allí escribió dos felices composiciones ligeras, "El pensamiento", "La diamela", y muchos versos de un poema titulado "Lara", según se infiere de los siguientes:

¿Adónde Lara va? ¿Dónde se dirigen
sus pasos hoy? ¿Va, acaso, vagabundo
cual otro tiempo a recorrer el mundo
en busca de ilusiones?.....
..... No, angustioso
va a buscar la salud en las orillas
apacibles del Negro. Allí lo lleva
la esperanza feliz de hallar consuelo
al mal que lo devora, en otro cielo
en clima más benigno.....

Esta esperanza de recobrar la salud no se realizó, a pesar de las aguas benéficas, del clima placentero y del aire puro de las costas del Río Negro, de las cuales se despidió tan atribulado

como cuando llegó a ellas; triste, abatido, enfermo, desesperanzado, según las textuales expresiones de uno de sus más quejumbrosos romances.

Valióle a Echeverría para no caer de veras en la tumba abierta a sus pies, el temple de su alma que entonces nadie conocía, como pocos le conocen hoy mismo. Valióle la actividad de una inteligencia que aliviaba sus horas dolorosas transportándole a las regiones donde reina la idea, se vive con el alma y se adormece la materia en la contemplación. Valióle sobre todo el desprendimiento de sí mismo, de que era capaz cuando su profundo amor a la patria le inspiraba los planes de reforma social que concebía su cabeza, y tenía la ambición de ofrecer a su país como tributo de buen ciudadano.

La virtud eficaz de estas influencias, el sentimiento del deber y los halagos de la esperanza, que es la elocuente consejera de la perseverancia en los desfallecimientos de la juventud, produjeron en nuestro poeta una especie de convalecencia física y moral, cuyos síntomas más aparentes eran la resignación y la paz de la conciencia; y con la sonrisa de un justo reapareció en la sociedad trayendo en su mano, como resto precioso de una tormenta y de un naufragio, el libro inmortal de los *Consuelos* . Denominaba así a esa colección de fugaces melodías (según una modesta nota escondida entre sus páginas), porque aliviaron su amargura en una época funesta de que no conservaba más que una imagen confusa. Esto tenía lugar en el año 1834. Sin la moderación característica y veraz que distinguía a Echeverría, hubiera podido prometer entonces a sus compatriotas con tanta oportunidad como el poeta romano la traslación a la patria de nuevas y peregrinas Musas, y decir con él: " *Probemos nuevas sendas* , por las cuales, como otros, pueda levantarme de la tierra y volar victorioso en boca de la fama."

Tentanda via est, que me quaque possim
tollere humo, victorque virum volitare per ora.

Echeverría, que como su "Lara", supo desde temprano sofocar las *ansias* o *el contento del corazón*, habíase regenerado a esfuerzos de una voluntad poderosa y valiente, y se presentaba disimulando el atrevimiento de sus intenciones, bajo las formas líricas de una poesía personal, en la que, sin embargo, se reflejaba la situación del país. ¿Qué era éste, por entonces, sino una víctima martirizada, descontenta y quejosa de lo pasado, resignada a la fatalidad del presente, y esperanzada en los secretos del porvenir? ¿Qué son los *Consuelos* sino el trasunto y la personificación de estos mismos dolores y esperanzas?

Esta consonancia entre el libro y el público, que ni los críticos más avisados notaron por entonces, fue la causa principal, aunque latente, de la aceptación general de que gozaron los *Consuelos* desde su aparición. Las mujeres hojeaban el precioso volumen en busca de las páginas que hablan de amor y en donde dialoga la pasión entre *él* y *ella* , dejando en blanco los nombres propios. Los ardientes rayos que destellan las composiciones consagradas a los recuerdos patrios, tentaban a su lectura a los hombres maduros testigos de la revolución. Todo el mundo concurría a aquel inesperado banquete literario, el último de que había de disfrutar por largos años la culta Buenos Aires. Los *Consuelos* fueron, sobre todo, los bienvenidos de la juventud inteligente, saludados por ella con simpatía y entusiasmo. Este recibimiento que la nueva generación hacía al recién venido, era natural: saludaba en él la imagen de su propio corazón y de su propia mente, y dábale en el hogar el asiento del hermano mayor que vuelve cargado de experiencia después de un largo viaje. Esa juventud halló en el pequeño volumen la historia de su vida interior, dictada por ella misma en las realidades del presente y en las

aspiraciones indeterminadas para en adelante. Y como la juventud es melancólica de suyo porque más sueña que medita, y ambiciona más de lo que puede conseguir, aspiró deleitada el ambiente de la nueva poesía, impregnado de las mismas tristezas y de las mismas aflicciones morales que superabundaban entonces en aquella generación tan desgraciada. Los *Consuelos* , en una palabra, fueron el eco de un sentimiento común y una verdadera revolución. Una por una, todas las páginas del presente volumen de las obras de su autor prueban la exactitud de esta opinión, según nuestra manera de entender, los antecedentes sobre que la fundamos.

La aceptación general que obtuvo esta primera obra dada a luz por Echeverría bajo su nombre atrájole la atención pública, y no fueron escasas a favor de su persona las simpatías de la sociedad. El, que tan enérgicamente ha estigmatizado el falso brillo de la *reputación* , pero que ambicionaba la *gloria*, que todavía no creía haber conquistado, porque apenas se preparaba a merecerla, desdeñó los halagos de la fama, y cuando todos celebraban sus versos y deseaban conocer al autor, se aisló, al lado de su hermano, en un establecimiento industrial fundado por éste en los suburbios de Buenos Aires, y allí continuó su obra en el retiro y en el silencio. Allí redactó, y dictó a uno de sus amigos, el poema de *La Cautiva* , el cual, unido a algunos himnos y canciones, apareció al público con el título de *Rimas*. Las *Rimas* pueden considerarse como una continuación de *Los Consuelos* , acentuando su autor, más que en éstos, las intenciones de innovador y dando en la "Advertencia" la primera clave de su doctrina literaria. El principal esmero que se trasluce en ésta es dignificar la poesía, y hombrearla con la verdad, despojarla de galas mentidas, hacerla hablar en un lenguaje natural y en estilo sin "rimbombo", dando más cabida al sentido recto que a los rodeos y perífrasis. Esto en cuanto a la expresión. En cuanto a lo esencial, la "Advertencia" establece que la poesía no miente ni exagera, que el poeta copia la realidad de la naturaleza, levantándola a las condiciones de lo bello, cuyo tipo debe existir en su alma. Que la poesía es idealismo y que idealizando el poeta sus creaciones, éstas deben resultar más bellas y perfectas que la realidad misma como trasunto de una verdad concebida por el espíritu y manifestada por el arte. Pero, aparte de estas ideas, acertadas aunque un tanto metafísicas para la comprensión común, especialmente en la época en que se emitían, las *Rimas* contenían, en el poema de *La Cautiva* , el resultado de esas mismas ideas y su aplicación práctica, así como la revelación de un campo no cultivado hasta entonces por nuestros hombres de imaginación. Del mismo modo que el desierto, añadía la "Advertencia", es una riqueza material con que nos brinda la naturaleza, puede ser también fuente de placeres morales como alimento a la literatura argentina: verdades ambas que Echeverría tiene la honra de haber emitido antes que nadie, mostrando con ellas un verdadero pensador en economía social y en el arte, materias que se consideran generalmente divorciadas en una misma cabeza.

Las *Rimas* alcanzaron tanta celebridad como *Los Consuelos* ; el crédito del autor creció con ellas, y en todas las imaginaciones se grabaron las figuras de María y de Brian, y las escenas de nuestra naturaleza y de nuestras costumbres, traídas a la admiración urbana y culta por la pluma mágica del bardo argentino. Los extranjeros mismos que han estudiado y comprendido *La Cautiva* la consideran como un cuadro de maestro cuyas perspectivas dan la más cabal idea de la adusta inmensidad de la Pampa, y cuyos pormenores y accidentes viven y hablan con una verdad que sorprende. Pero no es bajo estos aspectos conocidos y estimados ya por la buena crítica que queremos considerar las *Rimas* , sino por el lado de su alcance social y su tendencia revolucionaria. Según su mismo autor, ellas, aun cuando parezcan desahogos del sentir individual, encierran ideas que pertenecen a la humanidad; y nosotros añadiremos que retemplaban las almas hasta el estoicismo, en la lucha con el mal y el dolor, y herían las fibras del amor patrio despertándole con nobles y bellos ejemplos. Al corazón alentado por un alma

fuerte nada desconcierta: "ni mi arrogancia ni mi orgullo han de ceder a tu constancia en combatirme", dice el poeta en su "himno al dolor"; y estas palabras eran en aquel tiempo una lección y un consuelo para los espíritus atormentados. Brian es un joven en cuyo rostro y apostura se estampan la nobleza, el valor y la majestad del guerrero familiarizado con la victoria; que había derramado su sangre por la gloria y la libertad de la Patria, consagrando su vida al honor; y muere delirando con combates gloriosos a la sombra de la "bandera azul"; con los recuerdos de sus campañas en los Andes, y consolando sus últimos momentos con la idea de que los favores del poder no empañaron jamás la dignidad de su orgullo.

En 1837 los colores de la bandera amada de Brian se habían obscurecido y comenzaban a mancharse con gotas rojas. Los recuerdos de la gloriosa lid no estaban a la moda, y una que otra de las espadas de ella que aún podían servir para la libertad en la diestra de los contemporáneos, o estaban rendidas al poder temporal o colgadas en el destierro. La agonía de Brian era, pues, un reproche y una proclama. Y, cuando se tiene presente que Echeverría ha dedicado un extenso poema a la sublevación de los hacendados de los campos del sur contra Rosas, nos creemos autorizados para suponer que el héroe de *La Cautiva* era en la mente del autor el caudillo ideal de la cruzada redentora a que concitaban sus versos.

Pero Echeverría, levantándose más arriba de la idea de una revolución material, sangrienta y de éxito dudoso, tenía mayor fe en la que paulatinamente pudieran producir las buenas doctrinas para volver al país a la senda en que le colocaron los patriotas de Mayo y de la cual se había apartado de manera que inquietaba al patriotismo del poeta. El pensamiento de 1810 era, según él, una fecunda semilla que después de regada con sangre requería cultivo inteligente que la hiciera producir un régimen verdaderamente democrático e instituciones libres, ligadas a los antecedentes históricos de la vida argentina. Los partidos políticos, que para él no habían sido más que facciones hasta su tiempo, no merecían aquella denominación por haber carecido de doctrina y porque nada habían fundado de estable en materia de organización fundamental. Fue, pues, su propósito crear un partido, una fuerza de opinión colectiva y directriz, que comprendiendo con claridad el pensamiento de Mayo, se fortaleciese con él, le desentrañase, le redujera a fórmulas científicas y se consagrase en seguida, por todos los medios de la acción, a convertirle en organismo social de gobierno a fin de lograr la libertad y el progreso que promete el principio republicano.

Para constituir este partido se requerían elementos nuevos, poco desarrollados en el pasado y capaces de espera y confianza en el porvenir; soldados reclutas, pero vigorosos, aptos para emprender una campaña más ardua que la de la Independencia, tan gloriosa como ella, puesto que se acometía en demanda de la libertad organizada en gobierno. El partido cuya formación ideaba Echeverría, debía, en una palabra, escogerse entre la juventud y era con este objeto que el publicista había levantado su bandera en *Los Consuelos* y en las *Rimas* del poeta. Al aceptar los hombres nuevos la doctrina literaria del autor de esos libros, que era esencialmente emancipadora, se efectuó en ellos una especie de revelación de destinos desconocidos, pero seductores, a cuya conquista estuvieron dispuestos a lanzarse; y las dificultades se allanaron por sí mismas para la realización de tan patrióticos propósitos.

Lo que se llama la juventud, en los pueblos en revolución, es una entidad desgraciada, especie de umbral profanado sobre el cual ponen el pie los que se van y los que les reemplazan en las alternativas de la lucha civil. Inocente de los delitos que ella repugna, arrastra, sin embargo, sus consecuencias como una enfermedad heredada, y se ofrece en sacrificio con la esperanza de ahorrar a sus hijos los dolores que le legaron sus mayores. Generosa como la primavera,

prodiga sus flores sin averiguar quién cosechará los frutos que rara vez ella saborea, y alegre y luminosa como aquella estación del año, se arroja a los peligros con el denuedo de una falange de mártires. La sangre de éstos es la única que tiene la virtud de producir la libertad, y los pueblos que no se riegan con ella permanecen esclavos y barbarizados.

Estas generaciones de transición desempeñan un papel importante y meritorio en la historia, porque son a manera de vanguardias valientes que facilitan, sacrificándose, el resultado feliz de grandes batallas. Aquellos que alcanzan a contemplar el desenlace, en el todo o en un episodio principal del drama político en que fueron actores precoces, son los que únicamente pueden conocer el mérito y avalorar el sacrificio de sus compañeros rendidos o vencedores en la lucha. Y son éstos también los únicos capaces de ofrecer en provecho de los venideros el fruto de la experimentación en el estudio a que se presta la injerencia de la idea, de la pasión y la virtud juveniles en las revoluciones sociales.

Por desgracia no cupo esta fortuna a quien más preparado que nadie estaba para escribir y legarnos esas lecciones de su experiencia propia. Echeverría no presenció la caída de Rosas, aunque la presentía con una fe inquebrantable; y señalamos este hecho de preferencia a cualquier otro de los que se anudan con él, porque la acción toda y la actividad de la juventud a que nos referimos, presidida por Echeverría como un hermano mayor en inteligencia, se redujo por muchos años a preparar con la palabra y el fusil aquel anheladísimo objeto, porque la desaparición de Rosas importaba la desaparición del embarazo que obstaba al progreso del país y al advenimiento del orden legal.

Vamos a referir en pocas palabras cuál era y cómo se hallaba preparada aquella parte de la juventud argentina que tomó partido en la reacción contra el poder absoluto y tenebroso de aquel bárbaro que tenía a su disposición la fuerza, la complacencia de cortesanos hábiles y hasta las seducciones del confesionario y del púlpito.

Delante de este poder tan fuerte, cuyas raíces eran tanto más tenaces cuanto que venían extendiéndose rastreras y poco a poco, desde mucho tiempo atrás, en terreno bien preparado, se atrevió a presentarse Echeverría sin más armas que su inteligencia, su fe en lo bueno y su confianza en la imperecedera vitalidad de la idea de Mayo, detenida en su desarrollo progresivo por una mano torpe y egoísta.

Pero el pensador poco podía hacer de fecundo, de general y que cundiera en las entrañas de la sociedad, si no se rodeaba de adeptos, de discípulos y de amigos que cooperasen con él a la regeneración de la Patria; y desde luego comprendió que los soldados de semejante empresa no podían encontrarse ni reclutarse sino entre jóvenes inteligentes, instruidos y de carácter elevado.

Como Echeverría había permanecido algunos años fuera de su centro y educándose en Europa, no conocía de cerca cierto grupo social, que como una corriente pura circulaba por Buenos Aires y bajaba con ímpetu, curiosa de mayor saber, desde las alturas laicas de la Universidad y del Colegio de Ciencias Morales. Sin embargo, una atracción secreta y recíproca aproximaba las dos entidades y comenzaron a ponerse en contacto en el Salón Literario. Era éste una especie de institución o academia libre a donde concurrían a leer, a discurrir y conversar muchos amigos de las letras, y entre éstos el autor ya afamado de *Los Consuelos* y de *La Cautiva* . Los trabajos inéditos de Echeverría que ahora publicamos en sus obras completas dan alguna idea de la manera cómo se presentó él allí y de los propósitos

innovadores que dejaría traslucir en sus conversaciones con los concurrentes al Salón. La mayor parte, y la más dedicada de entre éstos, componíase de discípulos aventajados de las escuelas mencionadas; de manera que Echeverría tuvo allí por auditorio una juventud apasionada por lo bello y por la libertad. Pero como muy pronto los celos del poder absoluto disolvieron aquella brillante asociación de inteligencias, fue indispensable recurrir al trabajo sigiloso y a las reuniones clandestinas de un pensamiento verdaderamente argentino por su atrevimiento y trascendencia, que pertenece exclusivamente a Echeverría y a la juventud que se le asoció para llevarle a cabo. Nos referimos a la Asociación de Mayo y al *Dogma socialista* que nació de su seno.

Echeverría mismo ha narrado con maestría y verdad la historia de esta asociación, sus propósitos y trabajos, y delineado con líneas firmes el estado de nuestra sociedad en los últimos días de mayo de 1837, época en que reveló a algunos de sus más cercanos amigos el pensamiento que le ocupaba. Dos facciones irreconciliables se dividían la opinión: la una diminuta en número y vencida, la otra victoriosa apoyada en las masas. En medio de estas dos corrientes encontradas se había formado una nueva generación capaz ya por su edad y por sus antecedentes de aspirar al deber de tomar parte en la cosa pública. Heredera legítima de la religión de la patria, buscaba en vano en aquellas banderas enemigas el símbolo de esa religión; y como su corazón estaba virgen y ávida de saber su inteligencia, aspiraba a conocer cuáles eran las promesas de la revolución, para convertirlas en realidades, puesto que no lo habían conseguido hasta entonces ni el partido unitario ni el federal. El primero tenía en su abono la creación de algunas instituciones benéficas, el empeño por la reforma de la educación; y la juventud formada en sus escuelas profesaba, naturalmente, una simpatía manifiesta por los hombres y la doctrina liberal de aquel partido. Pero los unitarios mismos asilados en el extranjero miraban con lástima a esa juventud, desconfiaban de ella, la menospreciaban, dice Echeverría, porque la consideraban federalizada y frívola. A Rosas no se le ocultaba que la inteligencia y el porvenir de las generaciones de su tiempo no le pertenecían, y procuraba humillar a la juventud representante de la aspiración a lo bueno y legal, agentes mortales de su poder y de su política.

En esta situación y rodeados de verdaderos peligros, se reunieron en la noche del 23 de junio de 1837 más de treinta y cinco jóvenes que saludaron con una explosión eléctrica de entusiasmo y regocijo, tanto el discurso elocuente que pronunció Echeverría manifestando la necesidad que tenía la juventud de asociarse para ser fuerte por la fraternidad de pensamiento y de acción, como la lectura que él mismo hizo de las "palabras simbólicas" del credo de la nueva generación. Lo que se llama el *Dogma socialista* no es más que el desarrollo de aquellas "palabras", y fue redactado también por Echeverría de acuerdo con una comisión nombrada en la misma noche del 23 de junio. En la del 8 de julio, la asociación se reunió de nuevo con el objeto expreso de prestar juramento y obligarse solemnemente por medio de una fórmula parecida a la de la "joven Italia", a servir y guardar fielmente los principios del Dogma a costa de cualquier sacrificio.

El día siguiente los asociados celebraron uno de los grandes recuerdos patrios, y su propia instalación con un banquete en cuya mesa se improvisó a hurtadillas la última bandera legítima azul y blanca que se viera en Buenos Aires desde muchos años atrás y que no volvió a aparecer sino después de febrero de 1852.

Los fines que la Asociación se proponía eran varios, todos fundamentales y pacíficos, puesto que se trataba nada más que de patria y de regeneración, tomando por instrumento de la obra a

todos los buenos ciudadanos, todos los intereses y todas las opiniones. No por componerse de gente nueva carecía la Asociación de sensatez y de medios prácticos de acción. En el mismo ejército de Rosas, entre los hacendados acaudalados de la campaña, en las provincias hermanas, la Asociación de Mayo contaba con simpatías y prosélitos, y logró establecerse en Tucumán y en San Juan, contando allí como afiliados a los jóvenes más distinguidos de aquellas importantes e ilustradas fracciones de la gran sociedad argentina. Todos comprendían que el resultado de la armonía que se lograse establecer en los espíritus, alrededor de una doctrina política, debía ser provechosa para la organización legal del país, cerrando la revolución y desterrando para siempre hasta la sombra del poder arbitrario. Y esta en realidad era la mente de los asociados. Ellos se consideraban obligados no sólo a establecer los principios de su dogma, sino a tomarlos "como criterio en la solución de las cuestiones prácticas que envolvían la *organización futura del país* "; y por consiguiente, el hecho de hallarse constituida la asociación no era más que la iniciativa de una serie de trabajos arduos y serios que el mismo redactor del *Dogma* formuló en una carta que hemos publicado por primera vez en las páginas 11 a 15 del tomo IV de sus obras completas.

Al escribirla, Echeverría tenía el pie en el estribo, y puede decirse con entera verdad que extendía aquel programa notable de problemas trascendentes, calado su poncho de campesino, y oyendo el ruido del manotear impaciente de su caballo, aguijoneado por los atractivos de la *querencia* . Cuadro hermoso, a nuestro entender, que merecía reproducirse por el pincel como representación del más noble tipo argentino. Echeverría, personificación, en un todo, de lo mejor de la sociedad en que había nacido, se nos presenta en aquella víspera de su partida al campo más simpático que nunca a nuestra memoria, fidelísima como nuestro corazón, para con aquel compatriota estimable. Siempre fue para nosotros un ideal bellísimo de ciudadano de un pueblo libre y pastor aquel que reuniera a la virilidad adecuada a las industrias rurales la cultura de la mente y la educación del corazón; el alma de un *peregrino* de la Nueva Inglaterra y las aptitudes físicas del gaucho. Hombres vaciados en ese molde habrían regenerado la patria por su raíz en pocos años y hermanado en nuestras campañas la mejora y el adelanto de sus rudas industrias con los goces de la civilización, protegidos por el orden, la libertad y la justicia. ¡Qué no sería hoy, a pesar de su progreso relativo, el pago de Giles, por ejemplo, si hombres en la flor de la edad, y moralmente irreprochables, como don Esteban Echeverría y don Juan Antonio Gutiérrez, su amigo y vecino, hubieran podido acumular con su trabajo de pastores los bienes de fortuna que tan pingüe industria les prometía, y adquirir influencia sobre los *paisanos* por medio de una larga y ejemplar residencia entre ellos! La fatalidad de los tiempos no lo permitió: los dos amigos y recientes vecinos tuvieron que huir de esos mismos paisanos barbarizados por los torpes jueces de paz de don Juan Manuel, y fueron a morir víctimas de sus propios méritos en tierras extranjeras, en donde prodigaron el bien que no pudieron practicar en la nativa.

Hemos asociado aquellos dos nombres, forzados por el encadenamiento natural de los sucesos de la vida que referimos.

La policía de Rosas penetró en el secreto de las reuniones de la juventud, y habría sido una imprudencia repetirlas frecuentemente en una época que el mismo presidente de la Asociación pinta con estos colores: "La Francia estaba en entredicho con Rosas. La mazorca mostraba el cabo de sus puñales en las galerías de la Sala de Representantes y se oía doquier el murmullo de sus feroces y sarcásticos gruñidos. La habían azuzado, y estaba rabiosa y hambrienta la jauría de dogos carniceros. La *divisa* , el luto por la Encarnación, el bigote, buscaban con la

verga en mano víctimas o siervos para estigmatizar. La vida en Buenos Aires se iba haciendo intolerable".

Para evitar las consecuencias de una situación tan peligrosa, salieron de Buenos Aires algunos de los miembros de la Asociación, y los que permanecieron en esta ciudad trataron de distraer la suspicacia de la policía que los observaba guardando una conducta reservada y poco comunicativa. Echeverría no quiso ser del número de los primeros, por más que la cercanía de Montevideo, en donde tenía campo casi argentino para continuar sus trabajos, le tentara y sedujera. "Emigrar, decía él, es inutilizarse para su país." Prefirió, en consecuencia, retirarse del todo a su estancia de Los Talas, situada, como dejamos apuntado, al norte de la provincia, entre los pagos de Luján y de Giles.

La inteligencia de Echeverría no descansaba jamás, ni la distraía de sus miradas cambio alguno de situación ni de localidad. La carencia de pluma y tintero no era para él un obstáculo para producir. Combinaba y reformaba en su cabeza las más elaboradas composiciones, y esperaba la ocasión oportuna para verterlas sobre cualquier papel de desperdicio, con el mayor desgreño y con los más pobres utensilios. Las más veces aprovechaba de la buena voluntad de algún amigo íntimo a quien tomaba por amanuense, ejerciendo sobre él todas las tiranías inocentes a que se creía autorizado, como señor de la idea, con respecto al agente mecánico por cuyo medio la arrojaba a luz. Allí en Los Talas compuso su poema sobre la insurrección del Sur, y las sentidas estrofas a don Juan Cruz Varela, "muerto en la expatriación", en las cuales se pinta él mismo e interpreta los martirios del proscripto, interpretando los suyos cuando no eran todavía una realidad sino una amenaza de expiación futura de sus virtudes de hombre libre:

¡Triste destino el suyo!
En diez años, un día
no respirar las auras
de la natal orilla.
¡No *verla ni al morir* !

Hemos conocido la estancia de Los Talas en donde se concibieron estos pensamientos tan generosos, trascendiendo perfumes de patria. Era modelo de un establecimiento fundado con corto capital y suma inteligencia y economía por el hermano predilecto del poeta, ayudado de los consejos de éste. Las *taperas* sobre que los Echeverría habían levantado unos ranchos cómodos y bien distribuidos, tenían un aspecto triste y sombrío. Profundas zanjas con tapias endurecidas a pisón anunciaban que alguna vez sus remotos habitantes habían sido fronterizos y defendiéndose contra los indios y ladrones del despoblado. Las " *tunas* de España" mezclaban sus hojas pulposas en forma de "raqueta" claveteadas de púas a los talas descoloridos y espinosos, y formaban un bosque de algunas cuadras en donde se anidaban bandadas de aves y una especie de gatos monteses grandes y bravos como cachorros de tigre, a los cuales asestábamos frecuentemente nuestra escopeta de estudiante en vacaciones, a disgusto manifiesto del amigo dueño de casa, que aborrecía la destrucción de los seres vivos aunque fueran dañinos. Los peones y campesinos miraban de mal ojo aquel matorral más que bosque, y tenían en opinión de bruja a una sirvienta vieja santiagueña, que durante todo el año sacaba de los nopales excelente cochinilla con que teñía de rojo el hilo de lana para sus tejidos a la usanza de su provincia. Bajo aquellas bóvedas ralas de hojas amarillentas se notaban algunos senderos angostos, prolongados y recién hollados, abiertos por los frecuentes paseos de don Esteban, único visitante de aquel sitio en donde arrullaban las enamoradas torcazas y

brillaban en la sombra los ojos sanguinolentos y astutos del gato montés. Creemos que aquel paraje era delicioso para Echeverría, y que no le habría trocado por una selva tropical. Si no estamos equivocados, y esto lo dirá la crítica, el poeta de *Los Consuelos* , a pesar de la blandura de colorido de que su pincel era capaz, no se ha complacido en pintar la naturaleza que sólo es bella por sus medias tintas, su luz velada, sus flores pequeñas y peregrinas, sino la grandiosa y agreste en donde los objetos producen por su magnitud y poder impresiones hondas y graves. Sus miniaturas no son tales sino por el tamaño y la duración: por el sentimiento y la idea son grandes telas cuyos lejos no tienen límites en el horizonte de la imaginación, sino en el número de las estrofas.

Sea de esto lo que fuere, por aquellos senderos paseaba nuestro amigo su melancolía y sus sueños la mayor parte del día, revolviendo en la mente el mundo de sus ideas, fraguando sus poemas y dialogando con su corazón sobre cosas pasadas y misterios del porvenir. En aquella soledad le sorprendieron dos acontecimientos ruidosos: el levantamiento liberal de los hacendados de Chascomús, cuyo resultado fue funesto para los reaccionarios contra el sistema de Rosas, y la invasión del general Lavalle por el lado norte de nuestra provincia. El primero de estos sucesos no alteró en nada la situación de Echeverría y le dictó el valiente poema de que ya hemos hecho mención; el segundo decidió de su suerte para todo el resto de su vida. La desacordada aventura de aquel hombre a quien nuestro poeta llamó "una espada sin cabeza", "el veterano sin estrella", venía a realizar un movimiento de hecho, visiblemente impotente y de aquellos que repugnaban al iniciador de la Asociación de Mayo, porque su previsión le mostraba claro que las victorias que consiguiese Rosas alejarían indefinidamente el cambio social que él esperaba de la lenta labor de las ideas y de los intereses, que no eran en su concepto los de un partido, sino los de toda la nación interesada en el advenimiento de un gobierno fundado en la ley.

Pero Echeverría, como todos los hombres inteligentes de su generación, estaba condenado a ser cómplice de los errores de aquellos que levantaban la bandera azul y presentaban el pecho a las lanzas con banderola roja. Como vecino de un departamento de campaña ocupado por las armas *libertadoras* , no podía Echeverría huir de entre ellas. Esto habría equivalido a pasarse a las filas del déspota, porque la situación no tenía término medio, y la alternativa era forzosa y fatal. El estanciero de Los Talas se resignó al deber con la abnegación de costumbre, y asociado a su amigo y vecino don Juan Antonio Gutiérrez labraron en el pueblo de Giles un acta-protesta que tenemos a la vista, escrita de puño y letra de este último. Este documento puede leerse en la nota de abajo y medirse por el temple de su redacción el patriotismo y los caracteres que sacrificó el expedicionario *libertador* .

La aparición de Lavalle en la provincia de Buenos Aires fue rápida y funesta como la de un fantasma. En 5 de julio de 1840 desembarcó en San Pedro; a fines de agosto se retiraba -dejando más compacto que nunca el poder del tirano, cuya saña se enconó con las amenazas impotentes de sus rivales-, y arrastrando en la desgracia que le persiguió por todas partes una generosa juventud que rindió la heroica vida en los campos del Quebracho, en Sancala, en Angaco, y por último en Famaillá y Rodeo del Medio, a mediados del mes de septiembre de 1841.

Echeverría no tenía bastante salud ni fuerza física para seguir al ejército libertador en la campaña que abría con su retirada; pero no pudiendo permanecer en su establecimiento de campo, huyó "con lo encapillado", como él mismo ha dicho, en busca de los puertos del Paraná. Todo lo abandonó: bienes de fortuna, esperanzas de bienestar para lo futuro, y hasta

sus manuscritos, algunos de los cuales pudo salvar "de las rapaces uñas de los seides de Rosas", el patriotismo de una señora, escondiéndolos en su vestido.

Echeverría se refugió en la vecina ciudad de la Colonia del Sacramento, donde vegetaban varios antiguos emigrados a la espera de una ocasión propicia para regresar a sus hogares. El recién llegado se encontró allí en el seno de una sociedad que le abrió los brazos y le dispensó la más cordial hospitalidad, distinguiéndose especialmente su condiscípulo y amigo el doctor don Daniel Torres, hombre lleno de mérito que pereció más tarde devorado por las fiebres malignas de los hospitales militares de Montevideo, en donde prestó por mucho tiempo sus servicios profesionales con un desprendimiento ejemplar. Echeverría permaneció algunos meses en la Colonia.

Su patriotismo no había decaído con los contrastes recientes, ni sus esperanzas tampoco, ni abandonado la lira, única y preciosa joya, salvada con su vida y compañera fiel de su aislamiento y pobreza. En el mes de mayo de aquel año, cantó el glorioso 25 de una manera digna del asunto y del poeta. El plan de su composición es vasto y desempeñado con reposo de ánimo y con tranquila reflexión. Comienza con una valiente pintura de la América, desconocida, colmada de todos los dones de las edades primitivas del mundo, y poblada de gentes incultas pero arrogantes y libres. "Grande y bello hubiera sido", dice en un arranque de verdadero poeta, el ver cómo se desarrollaba por sí misma una sociedad humana y progresaba por su propia fuerza genial y por medio de una inteligencia libre, desprendida de influencias extrañas. Pero ésta no era la voluntad de la Providencia. El genio de Colón entregó el nuevo mundo a la codicia del antiguo, y gimió esclava la América por tres siglos hasta que la "filosofía audaz y profética dictó al pensamiento humano una nueva ley". La revolución de mayo fue siempre en concepto de Echeverría, y empleando su mismo lenguaje, la realización de una idea, la encarnación de un pensamiento, en armonía y consecuente con las evoluciones de progreso de la humanidad. Esa idea se había por lo tanto convertido en su mente y en su corazón en culto y doctrina, y en cosa sagrada a cuya marcha y transformaciones progresivas es crimen y demencia oponerse. Esta fe le ilumina, le transforma en profeta, y hará que sus obras, a par de las de Moreno en la aurora de 1810, sean eternas como los *laureles* de nuestro himno patrio y como la vida de la República.

La época reaccionaria que lleva el nombre de Rosas no es para el poeta más que un retoño abortado del tronco caduco que la revolución no ha extirpado del todo en la tierra fértil del Plata, y que no echará ramas capaces de ahogar las del árbol frondoso de la libertad. El mandón es un imbécil que delira creyendo que puede ser juguete de un tirano el pueblo que derramó su sangre por libertarse de otros más poderosos que él. Tal es la filosofía que contienen las estrofas consagradas al 25 de Mayo, a la sombra de los muros de la Colonia y con las cuales entusiasmó y consoló Echeverría a sus compañeros de expatriación.

Este es el primer canto del destierro y por esta razón nos hemos detenido en él. Echeverría, lejos de colgar su arpa dolorida en los sauces del Paraná al tocar suelo extranjero, la acercó más a su corazón, porque ella era la voz y la palabra de su alma, el verbo de su idea, usando de expresiones que son frecuentes en sus escritos. En ese mismo mes de mayo y en la misma Colonia databa otra valiente composición dirigida a la "Juventud Argentina". "No lloréis, hermanos -le dice-, no desmayéis jamás. Sois de raza de gigantes, predestinados para vencer la barbarie y sus ídolos. Si hoy el sol de la Patria alumbra su propia servidumbre y su baldón, mañana llegaréis vencedores por la espada y 'la idea', al pie de la Pirámide a entonar con vuestros mayores, himnos a la 'igualdad y al progreso'".

Los rastros de la vida de Echeverría están impresos en sus escritos, y a juzgar por la fecha y data de algunos de ellos, podemos suponer que se retiró de la Colonia en junio de 1841, para encerrarse en Montevideo, en donde ni siquiera le esperaba una tumba inviolable. Sin embargo, aquella ciudad le ofreció más que la que dejaba: actividad al espíritu y ocasiones para prestar servicios a la libertad y a la civilización, a cuya causa se había consagrado exclusivamente.

Nada es tan conocido como la historia de aquel heroico baluarte, en el cual se asilaron las esperanzas futuras del Río de la Plata, cuando el poder de Rosas era más fuerte, sus ejércitos más numerosos y sus escuadras mejor tripuladas. La política liberal convirtió aquel pedazo fertilísimo de terreno en un arsenal, en una tribuna de doctrina, en un cuartel de valientes, y en teatro de una constancia verdaderamente heroica. Allí vivían hermanados por una misma aspiración los orientales y argentinos, y las filas de unos y otros fueron engrosadas espontáneamente con amigos de la libertad, de todas las nacionalidades. Paz y Garibaldi se ilustraron allí al lado de Pacheco y Obes y de otros muchos jefes orientales, en una lucha diaria que duró diez años. La diplomacia tuvo agentes activos e inteligentes, que lograron interesar a las primeras naciones de Europa a favor de la causa que sostenía aquella pequeña península del estuario del Plata. Allí se formó una escuela de publicistas que fue modelo de altura de propósitos, de moderación y cultura de estilo, en las columnas de periódicos que serán páginas eternas de una época gloriosa y fecunda para la idea liberal en América. La lista de los mártires y de los hombres ilustres que perecieron dentro de las defensas de Montevideo es inmensa y no nos atrevemos a escribir los nombres de los que creemos los primeros, temerosos de ser injustos con el olvido de uno solo. únicamente nos será permitido recordar a Echeverría entre los prohombres de la defensa. Su conducta y sus servicios le acuerdan esta prerrogativa, como vamos a manifestarlo en la siguiente relación del resto de su vida.

La de la sociedad de Montevideo era de acción, por momentos febril. La trinchera, la plaza pública, los muelles, la casa de gobierno, constituían, por decirlo así, los hogares de la población. Echeverría se hallaba frecuentemente en todos aquellos centros de curiosidad y movimiento; pero sin cargar el fusil, sin desempeñar ningún empleo; sin escribir en los periódicos; oficios todos que desdeñaba y se desprendían de él como contrarios a su naturaleza. Independiente y parco, no quería enajenar su libertad personal a precio de un sueldo del Estado. En caso de necesidad, su pecho habría sido de los primeros en ofrecerse a los tiros de los soldados de Oribe. La polémica de detalle, la controversia diaria con la prensa pérfida y vulgar de Buenos Aires, sostenida por la de Montevideo, no despertaba en Echeverría más que un interés relativo, considerándola como guerrillas de pluma, necesarias a penas para mantener el nervio y la moral de la defensa armada. En la lucha contra Rosas sólo tenía fe en las grandes batallas, y en los sistemas levantados sobre principios probados por la experimentación, capaces de producir por sus resortes vitales un cambio radical en la sociedad. Aleccionado muy a costa suya con la infructuosa tentativa de Lavalle, escribió las siguientes palabras, que han llegado hasta nosotros en la postdata de la carta a un amigo: "Es necesario desengañarse: no hay que contar con elemento alguno extranjero para derribar a Rosas. La revolución debe salir del país mismo; *deben encabezarla los caudillos que se han levantado* ". Poseído de esta convicción, los disparos de la artillería de sitio no le prometían la victoria en el campo de batalla como tampoco en el político los alegatos elocuentes con que los diarios montevideanos demostraban que Rosas era un tirano, un tigre bañado en sangre de víctimas inmoladas a su arbitrariedad. Para deducir estas consecuencias no se necesitaba la sagacidad del genio. Convencido también que la situación lamentable de su país era fruto natural de la revolución, producido por la inexperiencia y los errores de la misma, no aspiraba

a suplantar en él unos hombres a otros hombres, aun cuando fueran santos los que vinieran a ocupar los nichos que quedaran vacantes: quería reemplazar la acción y el poder de las personas, por la acción y el poder de las ideas, y dar la rienda del gobierno no a los expedientes que dicta la urgencia del momento, sino a un sistema administrativo "democrático", es decir, en que participara el mayor número en el manejo de los intereses comunes.

Toda su obra atestigua lo que acabamos de decir, y especialmente su *Dogma socialista* . Así, hablando, cuando publicó este trabajo, de la indiferencia con que le habían recibido ciertos publicistas asilados en Montevideo, que no hicieron justicia a la trascendencia de las miras orgánicas de aquel notable documento, nos escribía en relación a ellos: "Estos no han pensado nunca sino en una *restauración* ; nosotros queremos una *regeneración* . Ellos no tienen *doctrina* alguna; nosotros pretendemos tener una: un abismo nos separa". Echeverría censuró francamente a los hombres que no presentaban un sistema de ideas orgánicas a la consideración del país para después de vencido el obstáculo que oponía al orden el pésimo gobierno de Rosas, aun cuando reconocía en esos hombres "ideas parásitas y fragmentarias y habilidad para el expediente de los negocios comunes". "Estos, decía, no piensan sino en salir de los apuros del momento, jamás echan una mirada en el porvenir porque no comprenden ni el pasado ni el presente: viven con el día como los calaveras." Encarándose con el redactor de *El Nacional* , le reprochaba que para calmar los temores que manifestaban algunos sobre el desquicio posible a la caída del tirano, aconsejara la vuelta al programa del año 21. "Esto es aconsejar el *retroceso* , ¡como si el país no hubiera vivido veinticinco años desde aquella época! El sistema representativo del año 21 devoró a sus padres y a sus hijos. Hace once años que Rosas, en castigo, le puso a la vergüenza pública; y ahí se está, sirviendo de escarnio a todo el mundo".

El autor del *Dogma* , al enumerar la ignorancia del pasado entre las causas de nuevos errores para lo venidero, recomendaba indirectamente la manera cómo él mismo había procedido para llegar a dar fórmula a su doctrina social, base de la organización política que, según su juicio, mejor se acomodaba a las condiciones del país. Había comenzado por darse cuenta del significado e intenciones de nuestra revolución emancipadora, y deducido que no era ésta un movimiento voluntarioso de independencia únicamente, sino también un propósito de *libertad* para la patria emancipada. Y como la libertad no existe sino al abrigo de principios eternos, se propuso descubrir de qué manera los habían comprendido y servido nuestros mayores en medio del estrépito de las armas. Los elementos de este problema se encuentran, según Echeverría, como es la verdad, en los *Estatutos* revolucionarios. Una vez hallados, se dedicó con paciencia y sagacidad a desentrañar los principios fundamentales de libertad individual y política encerrados en esos documentos, y delante del resultado del examen exclama: "¡Bello y magnífico programa!". Su amor por la revolución no era, pues, en él un instinto ciego y vago; habíalo concebido profundo en su razón, porque aquel gran acto encarnaba, por la sabiduría de sus autores, todos los gérmenes de que brotan la conveniencia y la honra de los pueblos verdaderamente libres. Si la República Argentina no había alcanzado a gozar de estos beneficios, era porque habían estado y se mantenían todavía en lucha los principios sanos y nuevos de la revolución, con los que había dejado en herencia la época colonial de ignorancia y tiranía.

Era, por consiguiente, necesario robustecer esos principios fundamentales de la sociedad libre, sembrados por la revolución en terreno regado con sangre, para que alcanzasen definitivamente su triunfo.

Este fin debía conseguirse destruyendo el "edificio gótico" y levantando el democrático y nuevo para que la revolución no se convirtiera, según el presagio de Moreno, en un mero cambio de tiranos. Debemos, decía Echeverría, aceptar como herencia legítima "las *tradiciones progresivas* de la revolución de Mayo con la mira de perfeccionarlas Y complementarlas. Caeremos en el caos si, poseídos del espíritu de las facciones personales, desconocemos y borramos lo bueno practicado por nuestros enemigos; porque el progreso no es más que el desenvolvimiento de lo que trae consigo de benéfico la tradición".

Si consideramos que se concebían estas ideas y se encaraba la revolución y el porvenir de esta manera a los veintisiete años justos de realizado aquel gran hecho y en presencia del bochornoso que presentaba la tiranía de Rosas, no se podrá menos que conceder a Echeverría la prioridad de la idea de constituir la patria bajo una ley fundamental basada en los principios que constituyen hoy el credo universal de los argentinos. Esto bastaría para su gloria. Pero el pensador no terminó aquí su tarea. Su espíritu vasto y lógico abrazó todo el conjunto de los elementos sociales, y los estudió y armonizó de manera que concurrieran de consuno a constituir la nueva sociedad preparada por nuestros buenos antecedentes. Encomendó a la actividad curiosa de la juventud el estudio de una serie de investigaciones históricas, relativas al país; echó los cimientos de la economía política nacional, arrojando dudas sobre la bondad de las doctrinas que de ciencia tan práctica tomábamos de naciones distantes inmensamente de las nuestras en condición social, en población y en producciones. Resucitó ante la opinión prevenida en su contra la importancia del gobierno propio, haciendo la apología del régimen municipal, y mostrando en qué consistía. Trajo a tela de juicio la obra de los partidos que luchaban encarnizados y fue el primero de nuestros publicistas que los juzgó con equidad, aunque severamente, negando a ambos la calidad de verdaderos partidos, por cuanto, según él, carecían de *criterio socialista,* esto es, de doctrina política y constitucional capaz de asegurar el goce de la libertad para todos los ciudadanos.

No hacemos más, en esta ligera reseña de sus investigaciones, que escribir el índice completo de las materias que contienen algunos de los volúmenes de sus obras a los cuales nos referimos. Pero en estas mismas se halla todo su pensamiento. Los tiempos no le favorecieron para realizar la mitad siquiera de lo que bullía en su cabeza y le sugería el anhelo de ser útil a su país. Hemos dejado a un lado muchos ensayos de trabajos de crítica social, unos bajo forma de novela, otros humorísticos; diferentes ensayos de publicaciones periódicas ideadas con la intención manifiesta de derramar ideas de reforma, disimuladas con la inspiración de una fantasía risueña y con el ropaje seductor de la literatura amena.

Estos méritos contraídos por Echeverría han pasado desconocidos de la mayoría de sus compatriotas, aunque no los ignorasen sus contemporáneos afiliados a su doctrina y colaboradores más o menos declarados de su obra de reforma.

No es extraño que los escritos que dio a luz en Montevideo como publicista: el *Dogma* , el *Manual de enseñanza republicana* , las Cartas al redactor del Archivo, tuvieran poco eco en la prensa periódica de aquella ciudad. Los escritores que primaban en ella, y eran hasta cierto punto árbitros de la opinión pública, no tenían fe sino en la política del partido en que se habían ilustrado y de cuyo triunfo exclusivo dependía para ellos su posición futura en Buenos Aires. Apuraron su tolerancia con el silencio; que a dejarse llevar de sus convicciones, tal vez hubieran tachado al innovador de visionario y de "poeta romántico", dictado de escarnio con que motejaba la prensa de Rosas al fundador de la "Sociedad de la nueva generación argentina". Al registrar los periódicos de Montevideo, con el objeto de escribir los presentes

renglones, nos ha sorprendido la indiferencia con que éstos recibieron aquellas producciones de tanto alcance, tan leales a la patria y tan resplandecientes de virtud y verdad; y no sin profundo sentimiento descubrimos que hasta los mejores corazones y las inteligencias no comunes están expuestas en ciertas circunstancias a incurrir en injusticia para con el verdadero mérito. No hemos hallado un solo artículo escrito con motivo de la aparición del poema *Avellaneda* , que es una de las concepciones más elevadas y generosas de la musa del Plata: el de la *Insurrección del Sud* , no menos bello, se arrastró como un desvalido en busca de un rincón en las últimas columnas de un diario. Bien es verdad que al solicitar el autor esta gracia tenía la franqueza de declarar que "el argumento de sus versos era uno de los más gloriosos con que podía brindarle la historia argentina, por el carácter de justicia, de legalidad, que le recomendaba como a ninguno entre cuantos movimientos anárquicos han ensangrentado y despedazado a nuestro país".

Estas celosas injusticias que el tiempo había de reparar y en nada menguaban el mérito real de los escritos de Echeverría, en vez de desalentarlo dábanle fuerza para continuar en la obra a que se había consagrado por entero. El, que se sentía morir "como una antorcha sin alimento", todo lo esperaba de lo futuro, sólo en el tiempo venidero tenía confianza, y una de las más serias y últimas preocupaciones de su espíritu fue la educación de la juventud, aurora de los días felices que deseaba para la patria. Cuando se trataba de esta materia todo lo dejaba de mano, y exponiéndose a comprometer el buen éxito del fruto más querido de su imaginación, se entregaba con toda su fuerza a redactar en prosa humilde el credo social que debían aprender los niños de las escuelas primarias. "Estoy ocupadísimo -escribía a uno de sus amigos en 30 de junio de 1844-; redacto la obra de enseñanza: siento tener que suspender mi *Angel caído* , porque estaba en vena, y después sabe Dios si lo podré continuar".

"El objeto de la educación es encaminar la niñez al ejercicio de todas las virtudes sociales." Este pensamiento era el fundamental del sistema educacionista de Echeverría, y lo miraba bajo dos aspectos: el del método y el de la doctrina. En cuanto al primero, aquel método será mejor, decía, que con más rapidez produzca el resultado que se busca: la instrucción del niño. Un método vicioso le hace perder el tiempo, lo atrasa en su educación, lo fatiga, y dándole ideas falsas o incompletas, puede decidir de su suerte y de su porvenir. El método en materia de enseñanza es lo capital; es la *ciencia* misma, por cuanto es regla segura para llegar por el camino más corto al conocimiento de las cosas. Háganse muchos libros de enseñanza, sanos en doctrina si se quiere, pero cuyo método de exposición sea vicioso, y se verá que, lejos de instruir al niño, no harán sino llenar su cabeza de errores y de confusión. Tanta era la importancia que Echeverría, con sobrada razón, atribuía a la cuestión método. Pero no la trató entonces por extenso, reservándose hacerlo para más adelante, y se contentó con proponer, por lo pronto, el estudio de los mejores procederes empleados en las escuelas de Europa y de Estados Unidos, a fin de recoger el más adecuado y más ventajoso.

La parte que desempeñó de este programa fue la relativa a la moral. Varios caminos se le presentaban para llegar al fin que se proponía, y los discutió en la Advertencia preliminar de su libro antes de decidirse a tomar el acertadísimo que eligió. Hubiéramos podido, dice allí, allanar la tarea, copiando lo que en la materia se ha escrito en otros países, o compaginar un librito de cuentos y máximas morales parecido a uno de los muchos que circulan entre nosotros. Nos hubiera sido fácil escribir una obra sentimental y de agradable lectura; pero hemos creído que la educación del sentimiento del niño es del resorte de los padres, y cuadra mejor a la mujer, en cuyo espíritu predomina como móvil principal esa preciosa facultad. La educación racional, aunque más laboriosa, es más varonil; *más propia para robustecer en la*

conciencia del niño las nociones del deber, para acostumbrarlo a la reflexión, para cimentar las creencias ; y por último, "para formar ciudadanos útiles en una democracia". Hemos pensado que tratándose de lo que importa a la vida misma de la patria, como es la *educación de las generaciones en quienes está vinculado todo su porvenir de felicidad* , era indispensable no contentarse con hacer una obra amena, sino pedir consejo a la reflexión y *deducir de nuestro modo de ser social una doctrina adecuada a él* . Por último, para dar una síntesis de su propósito, añadía el autor del Manual: esta obrita, aunque en pequeñas proporciones, no es otra cosa que la exposición lógica de los deberes principales del hombre y del ciudadano, considerados de un punto de vista cristiano y filosófico.

Las páginas de que acabamos de extractar estos conceptos fundamentales de una educación moral para los hijos de una república democrática son las más serias y más hondamente pensadas entre las que conocemos escritas en el país en materia de enseñanza. Sobre estos antecedentes tan sabiamente establecidos, el Manual de enseñanza moral no pudo ser sino lo que es: el más precioso, afectivo y elocuente tratadito; el libro más adecuado para sembrar en las conciencias tiernas las semillas del bien y el germen de las virtudes viriles y sólidas de que rebosaba el alma de su autor, de quien pudo decirse que tenía siempre el corazón en los labios.

Este trabajo lo realizó Echeverría en virtud de comisión oficial que recibió del señor ministro de Hacienda del gobierno de Montevideo, doctor don Andrés Lamas; y para popularizar la idea educacionista, cuya importancia comprendían estos dos señores, convinieron ambos en que uno de los actos intelectuales con que en aquella época se celebraba en la ciudad asediada por Rosas el aniversario de Mayo, sería la lectura en público de un discurso por el primero. La lectura no tuvo lugar; pero el discurso puede leerse en el tomo IV de las obras completas de Echeverría. El producto de su primera edición fue consagrado al alivio de los inválidos de la guerra, ya que, como dice su autor, había sido ideado al silbido de las balas de los apóstatas de Mayo y de sus indómitos defensores.

Los servicios prestados por Echeverría a la instrucción pública no quedaron reducidos a esto solo. En septiembre de 1847 creó la administración Suárez un instituto cuyas atribuciones eran muy altas y abrazaban la instrucción superior; pero de preferencia la primaria. El artículo 6º de ese decreto nombra a los miembros que deben componer el instituto de instrucción pública y entre ellos aparece al lado de los nombres de Castellanos, de Juanicó, de Lamas, de Ferreyra, de Peña, el de don Esteban Echeverría.

En el desempeño de este cargo manifestó éste el celo que tenía acreditado desde mucho tiempo atrás, y, como era índole de su talento, con una altura de propósitos y una generalidad de miras que llaman la atención y merecen tomarse en cuenta hoy mismo. Por desgracia, la mayor parte de los trabajos, informes, examen de textos, etcétera, que encontramos entre los papeles de Echeverría concernientes al desempeño de su empleo de miembro del instituto, es casi imposible descifrarla y sólo publicamos por esta razón uno que otro fragmento en el presente volumen de sus obras completas.

Hay desgracias en la vida del hombre que contribuyen a su gloria: la adversidad es motivo de prueba para los ánimos bien templados, y la lejanía de los negocios públicos; la no participación inmediata en la administración y gobierno de la sociedad, el extrañamiento mismo de la patria, proporcionan a las inteligencias fecundas ocasión para concentrarse y para producir frutos sazonados. Esta es, con frecuencia, la historia de las emigraciones políticas.

Esos mártires de las esperanzas burladas, cuyos huesos no vuelven al seno de la tierra natal, forman la mejor corona de gloria para la patria, y la gratitud de la posteridad les concede la única recompensa a que aspiraron en vida. Estas perspectivas lisonjeras que se abren más allá de la tumba eran el miraje de los desiertos que Echeverría atravesaba enfermo, menesteroso y extranjero en la vida. Las realidades del dolor y de las privaciones desaparecían para él ante aquellas visiones risueñas que le rodeaban perpetuamente y le llamaban con seducción irresistible. Hacia ellas caminaba inocente como un niño, pensador como un sabio, inspirado como un poeta, fraguando en su cabeza la síntesis de su sistema que definitivamente se concretaba en una criatura humana, en un hombre *modelo* , personificación de todas las perfecciones posibles. Dar fisonomía a este ente de su corazón y de su fantasía, colocarle en medio de la sociedad, como una Providencia bienhechora, como imán de las almas, atrayéndolas hacia lo bueno y lo bello, tal fue el sueño y el conato de Echeverría, valiéndose para realizarlo de los elementos de la poesía y aprovechando el paréntesis en que le encerraba el destierro.

En la víspera de dar a luz *Los Consuelos* , bajo cuyo título reunió la mayor parte de sus composiciones fugaces, escribía a uno de sus amigos: "Le mando mis poesías para que haga de ellas lo que quiera. En poesía, para mí, las composiciones cortas siempre han sido de muy poca importancia, cualquiera que sea su mérito. Para que la poesía pueda llenar dignamente su misión profética; para que pueda obrar sobre las masas y ser un poderoso elemento social, y no como hasta aquí un pasatiempo fútil, y, cuando más, agradable, es necesario que la poesía sea bella, grande, sublime y se manifieste bajo formas colosales". Su segunda publicación (las *Rimas*) encierra ya, puesto en juego por dos tipos ideales, el "elemento social" y la intención de obrar sobre el mayor número, presentando modelos de abnegación: en la mujer hacia los deberes de la familia y del corazón dentro de la esfera del amor individual; en el hombre hacia los deberes para con el honor y la patria, pasiones del buen ciudadano. Esta tendencia va desarrollándose en la obra de Echeverría durante su permanencia en Montevideo. Allí sólo compone "poemas", cuadros de formas extensas llenas del drama de la vida, en los cuales nacen y crecen los caracteres, se agitan las pasiones, y distribuye el poeta la palma de la gloria a los héroes que la merecen por haberla conquistado con el sacrificio. Allí pone término a la *Sublevación del Sur* ; concibe y escribe el *Avellaneda* y da cima al *Angel caído* , que no es sino parte fragmentaria de una concepción grande y sublime, para emplear sus propias palabras.

Avellaneda es el noble pretexto para personificar el elemento nuevo en las luchas civiles, con propósito determinado. En él la inteligencia educada comprende por qué medios debe mejorarse la situación de la sociedad argentina y qué cosa es la libertad en cuya demanda tantas generaciones habían sucumbido antes de la del protagonista. Allí se plantean todos los problemas que interesan al hombre; y, tomada la vida dentro de la esfera del individuo, se la examina filosóficamente en todas sus relaciones, se la enaltece, relacionándola con la humanidad, hasta generalizarla y hacerla digna del sacrificio en una causa generosa formulada en ideas. El poeta celebra la inmortalidad de la idea y su triunfo final sobre todo lo perecedero.

El *Angel caído* fue la obra predilecta de Echeverría. Al anunciar a un amigo la terminación de la segunda parte de él, decía: "mis ideas se han extendido tanto que creo que este poema será indefinido como el *Don Juan* de Byron: he entrado de lleno en el fondo de nuestra sociedad y todo el poema no saldrá de ella ... La segunda parte es más difícil que la primera ... ésta es una expansión completamente lírica: la segunda toda acción y movimiento; a pesar que ahora,

como siempre, *no haga el drama externo sino interno* ". En los párrafos de carta que anteceden a este poema y le sirven de prefacio, ha explicado el autor los objetos que se propuso al escribirle. El tipo de don Juan no es idéntico al del famoso poeta inglés. El de Echeverría es el hombre compuesto de espíritu y de sensaciones, aspirando a realizar y gozar todas las facultades de su naturaleza, poseído del amor a las cosas materiales y a las impalpables del espíritu, anhelando conseguir los imposibles del deseo despertado en un alma apasionada, en una imaginación fecunda, en una organización varonil. Es un tipo multiforme, como dice su creador, conjunto de las buenas y malas propensiones del hombre de nuestro siglo que a veces se engolfa en las regiones de lo infinito ideal y otras se apega a la materia a fin de hacerla destilar el deleite para aplacar con él la sequía de sus labios. Por último, el *Angel caído* , según el mismo Echeverría, concreta y resume sus sueños ideales, sus creencias y esperanzas para el porvenir. Y en realidad todo él es la historia moral de un peregrino de este mundo, que lo atraviesa dejando un rastro de desengaños, de dolores y de gloria.

El poema participaba, en las ideas de Echeverría sobre el arte, de la forma dramática, y la empleaba como medio para dar acción a los personajes de aquél. Sin embargo, ensayó más de una vez el drama propiamente dicho, sin cuidarse mucho de reglas convencionales; pero seriamente atento al progreso sucesivo y natural de la pasión y a la verdad de los caracteres. De este género son los fragmentos que conocemos del *Don Juan* y de *Carlos* , denominados por él "Poemas dramáticos". Parece que más tarde comprendió que para hablar a la imaginación desde la escena, someter la historia con sus nombres propios al artificio de una concepción artística, y trasladar a la actualidad un hecho pasado y conocido por la tradición, era indispensable bajar de las alturas del lirismo, dar a los actores un carácter más individual, un movimiento en armonía con la acción, y a la trama de la obra las condiciones que anudan los accesorios con el todo en su marcha hacia el desenlace del drama.

Es sensible que Echeverría no haya realizado esta segunda manera de ver que le suponemos, o que no hayan llegado hasta nosotros más que algunos vestigios de las obras dramáticas que bajo este punto de vista aparecen ideadas por él. Tales como son los apuntes de que vamos a dar cuenta, bastan para confirmarnos en la idea de que Echeverría jamás aplicó su talento a otros objetos que a la patria americana y a la libertad, y que el arte, en su concepto y en sus manos, era un instrumento social. Tenemos a la vista el plan de dos dramas históricos americanos que nos sugieren estas observaciones: el uno, nuestro, relacionado con los primeros hechos de la conquista, y el otro cuyo asunto es uno de los episodios más patéticos de la guerra a muerte en el territorio de la antigua Colombia. En el primero de estos dramas titulado *Mangora* , el autor se disponía sin saberlo a rivalizar con Lavardén. El segundo, titulado *La Pola o el amor y el patriotismo* , le habría proporcionado ocasión de dar mayor bulto a su Brian y a su María, sublimándolos ante el patíbulo de los tiranos por la virtud del amor y del patriotismo. La Pola es aquella neongranadina inmortal que ni agua quiso de mano de los soldados de Morillo, cuando seguía, fatigada, tras las huellas de su querido, el camino que le señalaba el verdugo. Es realmente una pérdida para nuestras letras la carencia de los dramas bosquejados sobre estos contornos por semejante corazón de patriota. ¡Cuán bien vengada habría dejado a la inocencia de la sangre indígena derramada por la espada goda desde los tiempos de Carlos V hasta los de Fernando VII! Se advierte que *La Pola* era la heroína de su predilección, y el drama de este nombre el preferido también en el orden de sus trabajos, porque encontramos entre sus borradores muchos y minuciosos extractos de documentos oficiales y relaciones históricas destinados a dar verdad a los pormenores de su composición dramática.

La existencia trabajada de Echeverría no podía ser larga. La sombra de la muerte le siguió por muchos años: pasó la vida al borde del sepulcro; cada uno de sus versos es un quejido, cada una de sus producciones una larga lucha entre su espíritu sano y su cuerpo encorvado bajo la enfermedad. Era muy frecuente hallar en las postdatas de su correspondencia con los amigos ausentes una despedida "para un largo viaje, del cual no volverá jamás", y para el cual estaba siempre preparado. Estos adioses eran tanto más dolorosos para los que le querían bien cuanto que respiraban una serenidad y resignación de ángel, acompañada siempre de algún nuevo proyecto intelectual que requería años para llevarle a cabo.

Echeverría ha dejado escrito: "Lo que llamamos la muerte no es más que una transformación de la vida ... ¿Quién la impuso? *Se la dio quien lo quiso y quien lo pudo* y es fuerza obedecerla con resignación". Estas eran las creencias que le acompañaron al sepulcro, el cual se abrió para él en Montevideo, el día 19 de enero de 1851. El sentimiento que causó esta pérdida fue general en aquella población. Los miembros del gobierno, los del instituto de instrucción pública y un numeroso cortejo de personas distinguidas acompañaron los restos del poeta hasta el cementerio público, en donde la elocuencia le tributó la única recompensa a que aspiraba Echeverría, para después de sus días: la justa apreciación de sus virtudes, de su patriotismo y de su talento.